JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

MARIA DEL MAR

COMEDIA EN TRES ACTOS

GUTIERREZ

SEMANARIO ESPAÑOL

:-: DE HUMORISMO :-:

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos. Ribas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Roberto.---Barbero.---López Rubio.---Tono. Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.

CONCURSOS RAROS.—SECCIONES EXTRAÑAS

¡Contra la neurastenia!

¡Contra la hipocondría!

HUMORISMO SANO.—BUEN GUSTO

COMPRE V. TODOS LOS SABADOS

GUTIERREZ

Administración: Rivadeneyra (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

6748

MARIA DEL MAR

ADAPTACIÓN ESCÉNICA, EN TRES ACTOS, DE LA NOVELA DE

MIGUEL DE LA CUESTA

Estrenada en el teatro Reina Victoria, de Madrid, el día 11 de octubre de 1927.

LA FARSA

AÑO I ✻ 5 DE NOVIEMBRE DE 1927 ✻ NUM. 8

MADRID

Juan Ignacio Luca de Tena

A Josefina Díaz de Artigas y a Santiago Artigas, admirables intérpretes de esta comedia.

Juan Ignacio Luca de Tena.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
María del Mar	Josefina Díaz de Artigas.
Jorgina	Josefina Santaularia.
La Princesa Paoly	Isabel Zurita.
Chita Vélez	Rosa Díaz Gimeno.
La Marquesa de Tayrena	Natividad Ríos.
Lilí Serrada	Julia P. Cominges.
Doña Feliciana	Dolores Guillar.
Quique	Santiago Artigas.
El Conde de Guadayra	Manuel Díaz de la Haza.
Federico	Manuel Kayser.
Gonzalo	Manuel Díaz González.
Pepe Ramal	Rafael Ragel.
Henderson	José Trescolí.
Pepín Torrete	Octavio Castellanos.
Fernando Aguínaga	Aniceto Alemán.
Pocholo (criado)	
Encargado de una fonda	Manuel Dicenta.
Dominico	Francisco Alagón.

Derecha e izquierda las del actor. — Epoca actual.

La acción del primer acto, en Madrid; la del segundo, en un pueblo de Extremadura, y la del tercero, en Sevilla.

Lujosa estancia en el palacio del duque de Carriedo. Tapices, cuadros de mérito, armaduras y muebles antiguos y modernos están convenientemente repartidos. Tres puertas: una, en el lateral de la derecha; otra, en el de la izquierda, y la tercera, en el centro del foro. Un lujoso tapiz, partido y plegado por su centro, divide la escena del amplio salón que se divisa por la puerta del foro; este salón está profusamente iluminado de una luz muy blanca.

Al levantarse el telón están en escena QUIQUE y PEPE RAMAL. Los dos de frac. Quique, duque de Carriedo, es un hombre de treinta y cinco a cuarenta años, distinguidísimo. Ramal frisa en los sesenta; es cronista de sociedad y va muy atildado y pulcro. Quique está sentado en una butaca amplia, fumando. Ramal tiene en la mano un programa del espectáculo que se está celebrando dentro, un librillo de notas y un lápiz.

Atisba por la puerta del foro, a través de la cual se ven hasta tres filas de invitados contemplando el espectáculo, cuyo tablado o escenario se supone (dentro) a la derecha del actor. Hasta la escena llegan los acordes de una pieza clásica interpretada al piano. A los pocos segundos de levantarse el telón se deja de oír la música y suenan muchos aplausos.

QUIQUE. ¡Ja, ja, ja! Ya terminó Nolín.
RAMAL. ¡Y que le aplauden como si fuera Rubinstein!
QUIQUE. Son muy amables mis invitados. *(Por el foro salen el viejo* CONDE DE GUADAIRA *y* FEDERICO HUETE.)
RAMAL. Querido conde...
CONDE. ¿Cómo va, Ramal?
RAMAL. Ya sabía que andaba usted por Madrid.
CONDE. Sí; llevo una semana.
QUIQUE. ¿Qué hay, tío? ¿Te diviertes?
CONDE. Regular. ¿Para qué voy a engañarte?
QUIQUE. ¡Je! Ya verás luego.
CONDE. Lo de luego me lo debes a mí. María del Mar

669992

no hubiera venido nunca a bailar a tu casa, a no ser por la confianza que yo le inspiro.

RAMAL. En eso estamos todos.

FEDERICO. Ibamos a tomar un *whisky*...

QUIQUE. Pues hasta ahora.

CONDE. ¡No me calumnie usted!

FEDERICO. Perdón. El conde va a tomar un chatito de manzanilla, y yo, un *whisky*.

QUIQUE. ¡Ja, ja, ja!

CONDE. Eso, sí. Hasta ahora, sobrino. *(El Conde y Federico hacen mutis por la izquierda.)*

RAMAL. ¿Sabes que hay mucha gente? Más de la que habíamos calculado?

QUIQUE. Siempre pasa lo mismo. *(Por la izquierda sale* POCHOLO, *criado viejo, con patillas, vestido de frac negro, calzón corto y con una gran cadena dorada pendiente del cuello.)*

POCHOLO. Señor duque, el señor Henderson. *(Por la izquierda sale* HENDERSON. *Pocholo se retira. Henderson es un muchacho inglés muy distinguido, que habla el español con bastante corrección.)*

HENDERSON. ¡Hola!

QUIQUE. ¡Hola!

RAMAL. ¿Cómo va?

HENDERSON. Bien, gracias. *(Ramal hace mutis por la izquierda.)*

QUIQUE. ¿Cansado, Henderson?

HENDERSON. ¡Pchs! No demasiado. ¿Y tú?

QUIQUE. El partido fué duro, y creí que saldríamos peor.

HENDERSON. Cierto. De los nuestros, los únicos buenos polistas éramos tú y yo. ¿Qué, llego a tiempo?

QUIQUE. Falta María del Mar.

HENDERSON. Entonces... Es lo único que me interesa del espectáculo. Creí que no podría venir. El embajador me ha tenido trabajando hasta hace media hora. *(Por la izquierda vuelven el* CONDE *y* FEDERICO, *éste con un vaso de* whisky *en la mano, acompañando a la* PRINCESA PAOLY *y* CHITA VÉLEZ, *las dos muy elegantes, entre los treinta y los cuarenta.)*

FEDERICO. Mira, Quique, a quién tienes aquí.

QUIQUE. *(Saludando.)* Fay... Chita... ¿Vosotras también rezagadas? ¿Qué tal desde antes? ¿Os divirtió el partido?

PRINCESA. *(Con acento italiano.)* ¡Oh, no mucho al verles perder!

QUIQUE. *(Al Conde.)* ¿Tú conoces, tío, a la princesa Paoly?

CONDE. Acaba de presentarme Chita.

QUIQUE. ¿Y a míster Henderson?

HENDERSON. No tengo el gusto...

QUIQUE. Mi tío, el conde de Guadaira... Míster Henderson, secretario de la Embajada inglesa.

CONDE. Encantado. Ya le vi esta tarde jugando al polo.

QUIQUE. Pues éste es el hombre del club. Por él hemos llegado a crear ese paraíso que has visto. A él solo le cabe la gloria. Visita a diario el campo, cuida constantemente de su entretenimiento..., las cuadras, el camino de las jacas... ¡y no digamos el *golf!* Es el hado protector de los golfistas.

CHITA. Sí. Y de las golfistas sobre todo.

HENDERSON. ¡Chita, Chita!... No haga usted caso de Quique, conde. Es él quien ha hecho lo principal y quien sabrá sostenerlo a tono. Puede usted estar orgulloso de su sobrino. Es uno de los polistas más expertos y mejor montados de Europa.

QUIQUE. Mi tío es muy aficionado a caballos. Además tiene la gran ganadería brava. Los guadairas son toros famosos.

HENDERSON. ¡Oh, sí, toros! ¡Muy español!

CONDE. Eso, sí. ¡Como el ganadero! Tan español, que...

QUIQUE. *(Interrumpiéndole.)* Y muy aficionado a las damas. ¿Verdad, Chita? Tú y yo sabemos algunas cosillas...

CHITA. Ya lo creo que sabemos. Y algunas más escabrosas que un cuento de Boccaccio.

CONDE. ¡Ay, ay! ¿Pero tú has leído a Boccaccio, criatura?

CHITA. ¡Mira éste por dónde sale! ¿Pero tú crees que estás aún en tu cortijo de Andalucía, rico? *(Todos ríen.)*

QUIQUE. ¡Qué tío Alonso éste!

FEDERICO. ¡Famoso, verdaderamente famoso!

CHITA. *(Asomándose por la puerta del foro.)* ¿Qué, tendremos sitio?

QUIQUE. Seguramente. ¿Vienes, tío?

CONDE. Me quedo haciéndole compañía a Huete mientras apura su *whisky*. Entraremos antes de que empiece María del Mar.

QUIQUE. Ya falta poco. Por cierto que... Pasad, en seguida voy yo. *(La Princesa, Chita y Hen-*

derson hacen mutis por el foro. Quique, por la izquierda. Quedan solos en escena el Conde y Federico.)

FEDERICO. ¿De manera que al noble andaluz no le gusta el deporte del polo?

CONDE. El noble andaluz se siente viejo y no puede contener su timidez ante tantas innovaciones. El tal juego parece de abolengo español, pero como aquí se lo sirven mi sobrino y sus colegas es en su más genuína salsa inglesa. A los caballos los jalean en inglés, e ingleses son los criados que les ponen el estribo. Usted, en este momento, claro que se ríe también de mí.

FEDERICO. ¡Por Dios, Conde!

CONDE. Sí, sí. En España, todo el que siente su españolismo es un salvaje, y yo, si pudiera, alzaría hasta el cielo la barrera de los Pirineos. A un lado, españoles, sólo españoles; y al otro, la gentecilla de Europa.

FEDERICO. ¡Ja, ja, ja! ¡Verdaderamente famoso! ¿Y qué dice de todo eso Quique?

CONDE. Quique, el único hijo de mi único hermano, es mi reverso. ¡Qué le vamos a hacer! Eso no impide que yo le quiera. Pero entre él y yo existe un Pirineo y un Canal de la Mancha.

FEDERICO. ¡Je! ¿Y piensa usted permanecer mucho tiempo en Madrid?

CONDE. Lo menos posible.

FEDERICO. Debía usted quedarse siquiera hasta después de la otra fiesta que proyecta Quique.

CONDE. ¿Otra? ¿No tiene oastante con la de hoy, que le costará un dineral?

FEDERICO. La próxima será de otra clase. En su estudio.

CONDE. ¡Ah! ¿Pero mi sobrino tiene estudio? ¿Y qué hace allí?

FEDERICO. ¡Je! ¡Caramba, Conde! La respuesta pertenece al gabinete secreto de Nápoles.

CONDE. Ya. Es mucho sobrino. Usted es muy amigo suyo, ¿verdad?

FEDERICO. Ya lo creo. Su mejor amigo, aunque parezca mentira.

CONDE. ¿Por qué ha de parecerlo?

FEDERICO. *(Con un dejo de amargura.)* ¿Quién soy yo para ser el mejor amigo del duque de Carriedo?

CONDE. Ante todo, un caballero, que no es poco.

FEDERICO. Usted me favorece, Conde.

CONDE. ¡Hombre!

FEDERICO. Entiéndame usted. Claro que yo por caballero me tengo.

CONDE. ¡Quién lo duda!

FEDERICO. ¡Ay, Conde, mucha gente! Las mujeres, porque no puedo ser espléndido; los amigos, a quienes no devuelvo sus invitaciones con adecuada largueza. ¡Oh, si yo tuviera dinero! Verían entonces. Mire usted, siempre que se habla de su primo de usted, el marqués de la Rada, oigo decir: «¡Qué caballero es!»

CONDE. Y lo es: intachable.

FEDERICO. ¿Y qué remedio le queda? Marqués, dos veces grande de España, solterón, con un par de milloncejos de renta... Como no se entretuviera en ir robando los relojes de sus amigos para hacer colección...

CONDE. ¡Hombre!

FEDERICO. Se tiene que fastidiar, y, aunque no quiera, ser caballero, y grande, y rico. ¿Pero yo?

CONDE. ¿Usted, qué?

FEDERICO. A lo mejor, cuando más apurado estoy para terminar el mes, tengo que contribuir a la adquisición de una mitra para un obispo de Abisinia.

CONDE. ¡Ja, ja, ja!

FEDERICO. Sí, señor. Y una vez en que mi casero iba a plantarme en la calle por falta de pago, su sobrino de usted, con unas damas de no sé qué Junta, me obligaron... ¿A qué dirá usted?

CONDE. ¡Hombre, no sé!

FEDERICO. Pues nada menos que a tomar parte en un mitin donde se pedía la revocación del decreto de alquileres. Créame usted, don Alonso, ¡yo sí que soy un caballero!

CONDE. ¡Je, je! Y muy simpático, además. ¡Y listo!

FEDERICO. Puede que en eso también tenga usted razón. Hoy estoy dispuesto a no llevarle a usted la contraria en nada.

CONDE. ¡Je!... Dígame usted, una curiosidad: ¿esa princesa italiana que acaba de entrar es la...? ¿Eh?... ¿La...?

FEDERICO. Comprendido. Sí, señor; la...

CONDE. La de ahora, ¿verdad?

FEDERICO. Sí, señor.

CONDE. ¿Y es princesa de veras?

FEDERICO. Le diré a usted...

CONDE. No, basta; no me diga usted más...

FEDERICO. ¡Je! Y a mí, ¿me permitirá usted una pregunta?

CONDE. ¿María del Mar?...

FEDERICO. Es usted adivino: la mujer de esta noche ¡Qué cara de asombro debimos poner Quique y yo al encontrarlo a usted hace cuatro días en su camerino! Y mucho más al ver la confianza con que se trataban ustedes.

CONDE. Fuí muy amigo de su padre.

FEDERICO. Inglés, ¿verdad?

CONDE. Inglés. Casado con una malagueña, se dedicaba en Sevilla a negocios de exportación y hacía frecuentes viajes a su país. De uno de ellos no volvió. La viuda y las dos hijas quedaron casi en la miseria. María del Mar, que ya había bailado, con éxito resonante, en algunas fiestas benéficas, se decidió un día en que la necesidad apretaba más, y sin que se enteraran su madre y su hermana, que se oponían rabiosamente a sus aficiones, debutó en un teatrucho de segundo orden.

FEDERICO. ¡Qué interesante!

CONDE. Y fué un éxito tal, un triunfo tan clamoroso, que Sevilla entera la sancionó como la reina de un arte que vibraba en el alma popular.

FEDERICO. Y después de Sevilla, Madrid. Hoy es la mujer de moda. Hace tres meses, poco después de su llegada, se la hizo presentar Quique, y desde entonces estaba suspirando porque viniera a bailar a su casa, sin conseguirlo. La influencia de usted ha sido decisiva. *(Pausa.)* ¿Qué piensa usted, Conde?

CONDE. ¿De manera que la fiesta de hoy es únicamente para ella?

FEDERICO. No sea usted malicioso. La verdad es que Quique deseaba que ella hubiese llenado todo el espectáculo, pero María del Mar se opuso. Sólo ha consentido en ser un número de tantos, el último, y en bailar una sola vez.

CONDE. Es muy inteligente María del Mar. Diga usted, ¿y ha venido sola?

FEDERICO. Creo que sí. Su hermana no ha querido acompañarla. ¡Je! Muy inteligente la hermana también, ¿no?

CONDE. No, señor; ella, no; su marido.

FEDERICO. Ya.

CONDE. Muy buen chico: ingeniero agrónomo. María del Mar vive con el joven matrimonio des-

de que su madre murió. Vive con ellos porque no tiene otra familia; pero la verdad es que son ellos los que viven con María del Mar.

FEDERICO. ¿A su costa?

CONDE. Casi. Gonzalo Torres, el cuñado, es buena persona; pero su situación económica no debe ser muy floreciente.

FEDERICO. Aquí está ella. *(Salen por la izquierda* MARÍA DEL MAR *y* QUIQUE.) ¡Qué guapa!

M. DEL MAR. Gracias. Don Alonso...

CONDE. ¿Cómo estás, chiquita...? ¿Ya?

M. DEL MAR. Eso parece.

CONDE. Pues yo voy a aplaudirte allá dentro.

FEDERICO. Y yo.

QUIQUE. Cuando usted quiera, María del Mar.

(El Conde y Federico hacen mutis por el foro. María del Mar y Quique por la derecha. En cuanto la escena queda sola cambia la luz del salón del foro en un tono rojizo y se oyen muchos aplausos. Por la izquierda sale RAMAL, *que se acerca a la puerta del foro, desde donde atisba. Comienza a oírse una suave melodía de aire flamenco, que llega a la escena débilmente. Por la derecha vuelve* QUIQUE, *y, como Ramal, atisba desde la puerta del foro.)*

QUIQUE. *(Después de una pausa, en la que los dos ven y oyen sin hablar.)* Admirable...

RAMAL. Celebro verte satisfecho.

QUIQUE. A Federico y a ti os lo debo.

RAMAL. No lo creas. Tu tío Guadaira ha dicho antes, y es verdad, que ha venido por la confianza que él le inspira.

QUIQUE. Es posible.

RAMAL. Es seguro. Ahora lo demás depende de ti...

QUIQUE. Oye. *(Se aparta de la puerta del foro, cogiendo por un brazo a Ramal, a quien trae hasta el primer término de la escena.)* Sinceramente, ¿qué te parece esa mujer?

RAMAL. ¡Je! Un bocadito de duque de Carriedo.

QUIQUE. *(Sonriendo ufano.)* Ponte de acuerdo con tío Alonso, procura intimar con María del Mar y organiza para muy pronto una de esas fiestas de que eres sabio en casa de Fifina Tayrena. ¡Y que sea estrella única María del Mar!

RAMAL. *(Sonriendo siempre.)* Lo procuraré. *(Quique vuelve a atisbar desde la puerta del foro. Ramal se sienta en un butacón en primer término,*

repasa sus notas y escribe. Pausa.) Me tiene que dar la lista completa de invitados.

QUIQUE. Luego, sí... ¡Qué arte el suyo! ¡Qué movimientos tan encantadores, sensuales y castos a la vez!

RAMAL. *(Escribiendo.)* ¡Je! A mí casi me gusta tanto cantando.

QUIQUE. A mí, no.

RAMAL. ¡Ja, ja! Ya lo veo, ya. *(Mirando su reloj.)* Todo ha durado hora y cuarto justa. Un poco más de lo que habíamos calculado.

QUIQUE. ¿Qué hora es?

RAMAL. Las doce y diez minutos.

QUIQUE. Le he dicho a ella que no vengan a buscarla hasta las tres, porque hasta esa hora no se iría la gente, ¿comprendes? Tengo tiempo.

RAMAL. *(Levantando los ojos de las notas que está escribiendo para mirar a su amigo.)* ¿De qué?

QUIQUE. De todo.

(Cesa en este momento la música y estalla dentro una ovación formidable, a tiempo que se cambia la luz del salón del foro al tono blanco que tenía al principio del acto. Por el foro empiezan a salir los invitados paulatinamente, según se les va nombrando al margen del diálogo.)

CONDE. *(Encarándose con Ramal.)* ¿Pero no estaba usted dentro? Usted, periodista, está obligado a descargar todos los piropos para la mujer de esta noche y a comentarla con pleno conocimiento de lo que aquí hemos admirado.

RAMAL. Así pienso hacerlo.

FEDERICO. Ha estado como nunca, ¿verdad, don Alonso?

PEPÍN. *(Un sesentón muy pulcro, ventrudo y simpático.)* Yo no la conocía, ¿sabéis?, no la conocía. ¿Ha hecho algo nuevo?

QUIQUE. Siempre es distinta, y hoy...

HENDERSON. *(Entusiasmado.)* ¡El padre era inglés, el padre era inglés! ¿Cómo no me lo habías dicho, Quique?

CONDE. Yo creí que lo sabía usted.

QUIQUE. ¿Qué importa el padre, tío Alonso?

HENDERSON. ¡Qué herejía! ¿Y eres tú, dueño de cuadra, quien dice eso?

QUIQUE. ¡Ja, ja! Ir pasando al comedor, ¿queréis?

PEPÍN. ¡Hombre, es una idea! He visto allí algo que...

QUIQUE. Tú siempre pensando en comer.

PEPÍN. Tengo ese gusto. *(Por la izquierda,* CHITA VÉLEZ, *la* PRINCESA DE PAOLY, *la* MARQUESA

DE TAYRENA, LILÍ SERRADA y FERNANDO AGUÍNAGA.) ¿Pero llegáis ahora? *(Saludos.)*

CHITA. No, por Dios. Venimos del comedor. Hemos pasado allí directamente desde el salón.

FERNANDO. Como todo el mundo.

PRINCESA. En el comedor no se cabe.

PEPÍN. Pues ya no voy yo ahora. Para comer me estorba la gente.

MARQUESA. Alonso...

CONDE. ¿Qué tal, Fifina?

RAMAL. *(Saludando a la Tayrena.)* Fifina... Luego he de proponerle a usted algo que tal vez le interese...

MARQUESA. Encantada. *(Se sientan algunos y forman grupo.)*

PRINCESA. (*Que habla aparte con Quique.*) Habrá que felicitarte.

QUIQUE. Gracias.

PRINCESA. *(Irónica.)* Por la fiesta espléndida, pero sobre todo por el programa...

QUIQUE. Muy amable.

PRINCESA. Tanto, que me doy cuenta de tu situación esta noche.

QUIQUE. ¿Por?

PRINCESA. Porque debes atender a tus invitados. No te ocupes de mí.

QUIQUE. Tienes razón. Mañana..., en el estudio.

PRINCESA. No puedo.

QUIQUE. ¿A ninguna hora?

PRINCESA. A ninguna.

QUIQUE. ¡Bah! ¿Celosa?

PRINCESA. ¿Yo?... ¡Ja, ja, ja! ¿De la bailarina? ¿Yo? ¡Ja, ja, ja! ¡Pobre Quique! *(Quique se encoge de hombros y hace mutis por la derecha. La Princesa se acerca a uno de los grupos.)* ¿Qué, se murmura?

FEDERICO. Un poco. ¡Je!

CHITA. *(Con las del veri.)* Muy guapa, ¿verdad?

PRINCESA. ¿Quién?

CHITA. María del Mar. ¿No?

PRINCESA. Guapísima. Sí.

FEDERICO. Menos mal. Entonces, todos conformes.

PEPÍN. A mí me gusta más que el *bavarois à la crème*.

LILÍ. Parece ser que Quique quiere presentársela a todo el mundo.

PRINCESA. ¿Para deslumbrarla con sus invitadas?

LILÍ. No sé, Princesa.

(Por la derecha salen MARÍA DEL MAR *y*

QUIQUE. *Todos, incluso las señoras, se ponen en pie. La marquesa de Tayrena y la princesa Paoly la miran de arriba a abajo con sus impertinentes.)*

CONDE. Señores: vean ustedes si merece los elogios.

RAMAL. Y muy sinceros.

PRINCESA. Nadie se los regatea.

M. DEL MAR. *(Como gallina en corral ajeno.)* Buenas, noches, señores...

FEDERICO. María del Mar, yo no encuentro palabras... Todavía estoy conmovido.

HENDERSON. Como todos.

QUIQUE. Permítame usted que le presente a estas señoras.

M. DEL MAR. Honradísima.

QUIQUE. Mi prima, la marquesa de Tayrena.

MARQUESA. Encantada.

M. DEL MAR. ¿Cómo está usted?
(Risitas por lo bajo.)

MARQUESA. ¡Je! Bien, gracias.

QUIQUE. La señorita Lilí Serrada...

M. DEL MAR. Tanto gusto, señorita...

QUIQUE. La princesa Paoly...

M. DEL MAR. *(Haciendo una reverencia de corte.)* ¡Oh! Alteza...

QUIQUE. *(Rápido, por lo bajo.)* No es alteza.

M. DEL MAR. *(Muy confusa.)* Señora...

FEDERICO. *(Aparte.)* Y en lo de señora...

PRINCESA. La felicito, señorita. Baila usted de una manera muy sugestiva. Comprendo que los hombres se vuelvan locos por usted.

M. DEL MAR. *(Cada vez más violenta.)* ¡Por Dios, señora...! Usted me confunde.

PRINCESA. *(Colocándose los impertinentes.)* Creo que no.

QUIQUE. Y, por último, la condesa de Vélez...

CHITA. Encantadísima.

M. DEL MAR. Yo, señora...

CHITA. *(Rectificando.)* Señorita...

M. DEL MAR. Señorita...
(Pausa embarazosa para María del Mar. Los demás sonríen benévolamente.)

FEDERICO. *(Para cortar la situación violenta.)* ¿Está usted satisfecha?

M. DEL MAR. ¡Oh, sí; ya lo creo!

QUIQUE. Eso deseo yo.

CHITA. *(Que forma grupo con Lilí, la Princesa, Pepín y Fernando.)* ¿Os habéis fijado? Tiene cosas de pueblerina.

II, f. ¡Pobre!

ERNANDO. Pero es una gran artista.

HITA. Eso sí.

RINCESA. Yo encuentro que no es para tanto.

ARQUESA. *(A Ramal.)* Sí, hombre, con mucho gusto. Además me parece muy bien. Ahora mismo, verá usted. *(Acercándose a María del Mar.)* María del Mar....

I. DEL MAR. ¿Marquesa?
(Quique hace mutis por la izquierda.)

ARQUESA. Yo quisiera pedirle un favor. Pretendo que honre usted un escenario un poco más amplio que éste, en mi casa; ante un público más numeroso que el de hoy, aunque, desde luego, tan escogido.

I. DEL MAR. Honradísima yo, marquesa..., ya lo creo; pero no sé... Comprenda usted que debo pedir autorización a mi empresario...

ARQUESA. Excuso decirle a usted que en mi casa, lo mismo que aquí, será usted una dama más entre las invitadas.

M. DEL MAR. Agradecidísima.

ARQUESA. Venga usted a verme un día para que nos pongamos de acuerdo. Deseo que seamos amigas. Me interesa mucho el origen de su vocación, la vida de los escenarios, las rivalidades que, seguramente, habrá tenido con sus compañeras, ¿verdad?

M. DEL MAR. Yo no tengo verdadera vocación, señora; en cuanto a las interioridades de los escenarios, apenas si las conozco, y mis compañeras no sé tampoco si existen; pero no son seguramente las que gritan por los tablados y bailan sin recato. Compañeras mías son las de mi colegio de la Asunción, de Málaga, que, como yo, cantaban y bailaban; las muchachas sevillanas que alegran en las noches de feria las casetas familiares, sólo que ellas son más felices, porque no han necesitado hacerlo contra corazón y cuando la vida daba ocasiones de llorar. *(Continúa hablando bajo con la Marquesa.)*

CHITA. *(Aparte, a Federico.)* Promete la niña.

FEDERICO. Mucho... ¡Muchísimo!

CHITA. Sobre todo, porque domina el aire de inocencia y candor.

FEDERICO. Es que para ello hay una receta maravillosa.

CHITA. ¿Y cuál es?

FEDERICO. Ser inocente de verdad.
(Sale QUIQUE *por la izquierda.)*
QUIQUE. María del Mar, la gente que hay allá dentro la reclama a usted, y yo también deseo presentarla a otros amigos. ¿Quieren ustedes pasar al comedor?
MARQUESA. Con mucho gusto.
CHITA. Vamos.
M. DEL MAR. Yo, Duque, me atrevo a suplicar a usted que añada a todas sus bondades para conmigo la de dejarme charlar ahora con su tío nada más que un momentito.
CONDE. ¿Conmigo, muchacha?
M. DEL MAR. Si usted me lo permite...
CONDE. Sí, mujer, ya lo creo.
(María del Mar está hacia la derecha con Ramal. Los demás forman grupo a la izquierda de la escena.)
CHITA. *(Paseando.)* ¡Vamos, Alonso...!
LILÍ. ¿Pero qué las das?
CONDE. Hijitas de mi vida, si la conozco desde que era una niña.
FERNANDO. ¡Sí, sí...!
CHITA. Quien no te conozca, que te compre.
PEPÍN. Vamos, vamos al comedor. He visto allí *poularde au foiegras* con gelatina, que debe ser algo inconmensurable.
CHITA. ¡Qué glotón eres!
(Hacen mutis por la izquierda la Marquesa, la Princesa, Lilí, Chita, Fernando y Pepín. Quedan en escena MARÍA DEL MAR, RAMAL, *el* CONDE, QUIQUE *y* FEDERICO.)
QUIQUE. *(A María del Mar.)* Hasta ahora, entonces.
M. DEL MAR. Será solamente medio minuto, palabra.
QUIQUE. Consiento en prolongarlo. *(Mira su reloj.)* Pero dentro de un minuto justo vendré por usted.
M. DEL MAR. *(Sonriendo.)* Muy bien...
FEDERICO. *(A Quique, saliendo.)* Conque..., conque dentro de un minuto, ¿eh?
QUIQUE. Esa mujer me tiene obsesionado, Federico.
FEDERICO. ¿A ti únicamente?
QUIQUE. Dime, ¿tú la crees una cosa fácil?
FEDERICO. Categóricamente, no.
QUIQUE. Pues entonces va a ser algo que complique mi vida.
FEDERICO. (Vaya, hombre.)
(Mutis Quique y Federico por la izquierda.)

RAMAL. La gente que ha conocido y va usted a conocer esta noche es la más significada en sociedad. Esto tiene el carácter de una consagración. Yo quiero que a través de sus éxitos perdure su buen recuerdo de la noche de hoy... Hasta ahora.

(Mutis Ramal por la izquierda. Quedan solos MARÍA DEL MAR *y el* CONDE.)

M. DEL MAR. *(Que ha quedado pensativa después de escuchar a Pepe Ramal.)* Don Alonso: eso... ¿es una exigencia de gratitud?

CONDE. ¡Mujer, qué idea!

M. DEL MAR. Pues se le parece mucho.

CONDE. No lo pienses siquiera. Y dime, hijita, porque me tienes rabiando de curiosidad.

M. DEL MAR. Si no es nada; va usted a reírse. Quería únicamente darle a usted las gracias a solas muy sinceramente, porque es usted el único que verdaderamente las merece.

CONDE. ¡Hija, por Dios!

M. DEL MAR. Sí, sí; porque a usted se lo debo todo. Su promesa de no faltar a esta fiesta fué para mí la verdadera garantía. Yo estoy muy contenta, mucho. La marquesa de Tayrena me ha invitado a su casa. Todo el mundo me acoge como usted ha visto. Su sobrino, tan correcto, tan caballeroso, me ha colmado de honores; pero yo, entre todos, no veo más que un rostro amigo: el de usted.

CONDE. Es que yo soy tu amigo de verdad, lo seré siempre, y amistades como la mía no se te han de ofrecer muchas, porque eres demasiado bonita; pero entre estos señores hay que disimular muy bien las emociones. Tú vas a querer ser una mujer muy del momento, muy del ambiente...

M. DEL MAR. ¿Yo? ¿Pero acaso piensa usted de mí...?

CONDE. Ya lo verás, ya lo verás... Y para serlo tendrás que encadenar tu corazón muchas veces. ¿Qué opinarán ahora de este aparte nuestro? ¡Las bromas que tendré que resistir esta noche! ¡El cartel que me das a tu costa!

(Salen por la izquierda RAMAL *y* FEDERICO.)

FEDERICO. Dice Quique que ha pasado el minuto.

RAMAL. La gente la reclama a usted, María del Mar.

M. DEL MAR. Vamos allá.

FEDERICO. Está todo el mundo entusiasmado. El recuerdo de esta noche será el tema de las con-

versaciones durante muchos días. Yo no podré olvidarla fácilmente, palabra...

M. DEL MAR. Usted es muy amable.

FEDERICO. Por lo que sea, voy a atreverme a solicitar de usted un gran favor: que me dé usted permiso para enviarla mañana unas flores...

M. DEL MAR. Yo se las agradezco desde ahora mismo, pero le pido que desista de ello... Perdóneme.

RAMAL. (¡Ahí va esa mosca!)

CONDE. Y, además, haces bien; todos estos son gente de cuidado; de sus manos pecadoras, ¡ni flores!

(Sale QUIQUE *por la izquierda.)*

QUIQUE. Tío Alonso, no hay derecho. Estás acaparando a María del Mar. Todos somos mortales.

CONDE. *(A María del Mar.)* ¿Ves tú lo que te decía antes? Ya empezaron los reproches.

QUIQUE. *(A María del Mar, mientras, de su brazo, la conduce al comedor.)* ¿Por qué dice eso?

M. DEL MAR. *(Haciendo mutis.)* Cosas suyas. Figúrese usted que momentos antes de salir usted me estaba diciendo que...

(María del Mar y Quique vanse hablando por la izquierda. Federico les sigue.)

FEDERICO. *(Aparte.)* No es tonta la niña. *(Mutis.)*

RAMAL. ¿Una palabra, Conde?

CONDE. Las que usted quiera, amigo Ramal.

(Han quedado solos en escena.)

RAMAL. Yo quería que usted me sacara de una duda que me atormenta.

CONDE. Si puedo...

RAMAL. ¡Je! Dígame, Conde... ¿Qué clase de mujer es María del Mar?

CONDE. Lo mejor que sale de fábrica. ¿No lo ha visto usted?

RAMAL. Conforme, y en esta opinión nos acompaña Quique...

CONDE. Quique... y Federico Huete, ¿no?

RAMAL. ¿Usted cree?

CONDE. Me ha parecido.

RAMAL. No..., no... Lo que yo quiero saber es si puedo elevarla hasta un salón como el de Fifina Tayrena.

CONDE. ¡Desde luego, hombre! Ya sé, ya sé que en aquella casa es usted el árbitro. A través de sus crónicas, vengo asistiendo a la evolución de nuestra sociedad. ¿Y en estas fiestas de

Fifina usted interviene sobre todo en la presentación de artistas?

RAMAL. Cuando ella quiere organizar algo divertido cuenta conmigo, y por eso Quique me ha dicho lo de María del Mar, y yo se lo he pedido a Fifina.

CONDE. Pues en este caso la obra vale el marco. María del Mar, dentro de unos meses, será la sensación de éxito en España. Y dentro de unos años, acaso no llegue al plural, su nombre atravesará las fronteras y será el portaestandarte del españolismo. La civilización extranjera la cambiará, y cuando vuelva, al cabo de algunos años, creyéndose «España», sintiéndose bandera, es posible que ya no sepa bailar los fandanguillos de Huelva ni cantar las granadinas que a mí me hacen llorar, ni encontrará peineta demasiado grande, ni logrará colgarse la mantilla como hoy, pero ganará más dinero.

RAMAL. Entonces..., ¿a usted no le parece mal lo de Fifina...? ¿Da usted su aprobación?

CONDE. Vamos, vamos; no más lisonjas. El lugareño le va a enseñar a usted: al maestro.

RAMAL. El gran señor puede dar siempre lecciones de tacto y mundología.

(Sale QUIQUE *por la izquierda.)*

QUIQUE. Ya ha comenzado a marcharse la gente. No queda casi nadie; sobre todo, señoras.

CONDE. ¿Vamos allá, Ramal?

RAMAL. Como usted quiera, Conde.

(El Conde y Ramal inician el mutis por la izquierda.)

QUIQUE. *(Cogiendo de una manga a Ramal, cuando pasa cerca de él. Aparte.)* Oye: suplícale a María del Mar, de mi parte, que venga aquí.

RAMAL. ¡Je...! ¿El regalito?

QUIQUE. Sí.

RAMAL. En seguida. *(Mutis el Conde y Ramal.)*

(QUIQUE, *solo en escena, se sienta en una butaca, abre un estuche que desde que entró traía en la mano, y contempla una magnífica pulsera de brillantes y zafiros que guarda el estuche. Pausa. Por la izquierda sale* MARÍA DEL MAR. *El, entonces, se pone en pie y cierra nuevamente el estuche.)*

QUIQUE. María del Mar...

M.ª DEL MAR. Estoy violenta, Duque. Observo que se va

todo el mundo, no quedan más que los íntimos de usted, y mi hermana no ha venido a buscarme. Me dijo usted que la fiesta terminaría más tarde.

QUIQUE. Nunca puede uno precisar con exactitud a qué hora se marchará la gente. *(Pausa.)* No tema usted, María del Mar... Está usted en mi casa.

M. DEL MAR. Ramal me ha dicho que deseaba usted hablarme.

QUIQUE. Siéntese primero. ¡No tema usted nada, por Dios!

M. DEL MAR. *(Sentándose.)* Gracias.

QUIQUE. Lo que yo deseaba es que guarde usted este modesto recuerdo de la noche de hoy. *(Abre el estuche y se lo muestra.)*

M. DEL MAR. *(Deslumbrada.)* ¡Jesús...! ¡Qué preciosidad! ¿Pero usted cree que yo voy a aceptar esto?

QUIQUE. ¿Por qué no?

M. DEL MAR. Porque no hay ninguna razón para ello. Como esta noche aquí, bailé muchas veces en casas de amigas en Andalucía. Nadie me quiso pagar con tanta espléndidez. El recuerdo de esta noche me lo compensa todo.

QUIQUE. ¿Es de verdad? ¿No olvidará usted la noche de hoy?

M. DEL MAR. Nunca. No sé por qué, pero a los aplausos de aquí les he otorgado un valor especial.

QUIQUE. ¿Y sin saber por qué...? Eso es triste. Usted no puede suponer cómo era esperada por mí.

M. DEL MAR. ¿Por usted?

QUIQUE. Sí, por mí; que tengo como un blasón más el de no apasionarme por nada, el que nada ni nadie me interese, y que ahora no vivo sino por usted.

M. DEL MAR. ¿Pero habla usted en serio?

QUIQUE. Muy en serio, María del Mar, y deje usted que así, muy tranquilos, sin los eternos testigos de vista, sin su hermana, sin su cuñado, sin nuestros amigos, le diga toda la intensidad de mis sentimientos.

M. DEL MAR. ¡No, no! Este número no figuraba en el programa. Además que su tío de usted, Ramal y Huete han dicho que me esperaban para despedirse, y...

QUIQUE. Déjelos usted. Fumarán, tomando *whiskys*, en el comedor.

M. DEL MAR. *(Mirando su reloj, violentísima.)* ¡Y mi hermana no viene..., no viene a recogerme!

QUIQUE. ¿Cómo no vino temprano a la fiesta? Supongo que a ella, como a su marido, les diría usted mi deseo de que me honrasen.

M. DEL MAR. Jorgina hubiese venido con gusto; pero Gonzalo, que la quiere mucho, que me quiere también a mí, no la dejó, e hizo bien.

QUIQUE. ¿Que hizo bien?

M. DEL MAR. Sí, está claro; yo soy una artista, y tal es mi personalidad esta noche; Jorgina no tenía papel, y Gonzalo, además, es muy celoso de su mujer y de sí mismo.

QUIQUE. Yo tendría que mentir para decirle a usted que siento esas ausencias. ¡Tantas ganas tenía de verla a usted a solas! Pero antes de todo permítame usted. Esta pulsera ha de ser aceptada.

M. DEL MAR. De ningún modo.

QUIQUE. ¿Qué hay en ello de extraño? Regalos análogos tendrá usted con frecuencia; esta es la costumbre. La marquesa de Tayrena y cuantas soliciten su arte harán otro tanto. ¿Por qué voy a ser yo de peor condición?

M. DEL MAR. No lo sé; pero de usted no he de tomar una cosa de tal valor.

QUIQUE. María del Mar, no me dé usted ese disgusto...; sea buena conmigo. Usted no puede imaginar lo unido que ya estoy a la vida de usted; en sus presentaciones en el teatro, mi emoción es mayor que la suya. Esta noche, cuando apareció en el escenario, me pareció que bailaba usted en la palma de mi mano, que yo presentaba a todos diciendo: ¡miradla, es cosa mía!

M. DEL MAR. ¿Cosa suya dice?

QUIQUE. Sí, como lo son mis ilusiones y mis ensueños, como lo será usted, porque la voluntad triunfa sobre muchos imposibles.

M. DEL MAR. Eso cree usted. Yo puedo afirmar que si hay un imposible verdadero, una cosa que nunca, nunca podrá ser, es eso de que yo llegue a ser suya.

QUIQUE. ¿Nunca?

M. DEL MAR. ¡Jamás! Tendríamos uno de los dos que caer demasiado, y me parece que tanto usted como yo sabemos defender nuestras posiciones.

QUIQUE. No está mal. Perdone usted que ahora n celebre sus observación.

M. DEL MAR. Sin la menor duda que cuantos han estad aquí suponen que usted es... o va a ser n amante.

QUIQUE. ¿No se asusta usted de las palabras, Marí del Mar?

M. DEL MAR. Al contrario. Sonando tan fuertes en mi oídos, son como pararrayos. ¡Le han felici tado a usted tanto por la fiesta y, sobre todo por el programa! ¡Y lo han hecho tan en m presencia, tan dispuestos a que me ofendies la alusión! Para sus amigos de usted soy un mujer entregada por el oropel de la vida d usted, tan fastuosa; pero yo pretendo qu usted sepa más que todos ellos; que sepa qu ahora y siempre soy una mujer honrada que ha sentido un sincero rubor al escucha las bromas picantes de esas grandes señora que tanto me celebran; una pueblerina qu se pone encarnada cuando la miran de un modo como usted me ha mirado hoy, y que en cambio, se siente fuerte, salvaje, segura de sí cuando surge ante su paso la consecuencia del juicio formado por las gentes.

QUIQUE. ¡Ah! ¿Es que usted piensa que creyéndola a usted una de tantas solicito un favor fácil?

M. DEL MAR. Sí, lo creo tal y como usted lo dice. Sólo para ofenderme puede hablar de su amor como lo hace el duque de Carriedo... Y, todo comprendido, no hablemos más; vamos con sus amigos de usted.

QUIQUE. ¡Mis amigos! ¿Para qué los voy a tener guardados?

M. DEL MAR. *(Aterrada.)* ¿Qué...? *(Se levanta y va hacia la puerta de la izquierda. Quique se interpone, impidiéndola salir.)*

QUIQUE. Acabemos, María del Mar. Suprima usted convencionalismos inútiles y... ¡y sea usted buena conmigo!

M. DEL MAR. Déjeme usted salir, Duque.

QUIQUE. ¡No!

M. DEL MAR. ¡Por Dios!

QUIQUE. ¿Sin esperar a su hermana quiere usted marcharse?

M. DEL MAR. Sin esperar a mi hermana..., ahora mismo, así mismo; con este vestido de mi última farsa. ¡Déjeme usted salir!

QUIQUE. He dicho que no. ¡De aquí no saldrá usted hasta que yo quiera!

M. DEL MAR. ¿Qué...? ¡Es usted un canalla, duque de Carriedo!

QUIQUE. María del Mar...

M. DEL MAR. Y si nunca pudo usted tener mi cariño, ya no podrá usted contar ni con mi estimación.
(Se deja caer en una butaca y llora amargamente.)

QUIQUE. *(Arrepentido y emocionado.)* María del Mar...

M. DEL MAR. ¡Dios mío...! ¡Dios mío...!

QUIQUE. Perdóneme usted, María del Mar.

M. DEL MAR. ¡Qué vergüenza!

QUIQUE. Perdóneme usted... Reconozco que he sido un miserable... De mí no volverá usted a sufrir la menor molestia... ¡Perdóneme usted!
(Hace mutis por la izquierda. Pausa. María del Mar continúa en la butaca llorando.)

M. DEL MAR. ¡Qué vergüenza, Dios mío...! ¡Qué vergüenza!
(El CONDE *sale por la izquierda.)*

CONDE. María del Mar...

M. DEL MAR. *(Levantándose y secando sus lágrimas rápidamente.)* Conde...

CONDE. Pero ¿qué es eso, estás llorando...? ¿Qué te ha dicho mi sobrino? ¿Por qué te ha hecho llorar?

M. DEL MAR. El no tuvo la culpa... Deje usted... El éxito de hoy... Tantas emociones con las que no contaba... Pero ¿no se habían ustedes marchado?
(Por la izquierda salen JORGINA, QUIQUE *y* RAMAL.)

QUIQUE. María del Mar, su hermana.

JORGINA. ¡Chiquilla! Dame un beso... Que sea enhorabuena, mujer; ya me han contado... ¿Te has divertido mucho?

M. DEL MAR. Sí, me he divertido mucho.

CONDE. ¿Cómo estás, Jorgina?
(María del Mar, Jorgina y el Conde forman grupo a la derecha. Quique y Ramal están en primer término izquierda.)

QUIQUE. ¿Por qué no os habéis marchado?

RAMAL. Chico, porque tu tío se empeñó en esperarte. Yo ya le dije; pero... Mientras salías me he entretenido comenzando la crónica de mañana. A ver qué te parece... *(Saca sus cuartillas.)*

JORGINA. ¡Qué bonito habrá estado! No te olvidarás fácilmente de esta noche, ¿verdad, muñeca?

RAMAL. *(Leyendo.)* «Una emoción indescriptible embarga el ánimo del cronista.» *(Todos atienden a la lectura.)* «La fiesta que anoche ofreció a un grupo de sus amistades el duque de Carriedo fué digna de tal prócer y sirvió para consagrar como gloria de la raza a una mujer maravillosa.»

JORGINA. ¡Qué bien está eso!
(Empieza a bajar el telón lentamente.)

RAMAL. «La artista mimada del pueblo y que anoche recibió el homenaje de un concurso selecto. ¡Noche inolvidable para ella también! ¡Noche de consagración!»

M. DEL MAR. *(A Jorgina.)* ¡Qué noche terrible, hermana mía! ¡Qué horrible noche!

JORGINA. *(Asombrada.)* ¡Chiquilla...!

RAMAL. «El caballeroso duque de Carriedo, que con tanto lustre sabe acrecentar las glorias de sus antepasados, quiso en la fiesta de anoche rendir su tributo al arte...
(Las últimas palabras ya no se oyen porque ha caído el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

Modesto vestíbulo de una fonda, a la que su dueño ha elevado de categoría al bautizarla con el nombre de «Hotel del Comercio», en un pueblo rico de Extremadura. Al foro derecha, la puerta de entrada, bastante amplia y con vidrieras, permite ver un trozo de calle. Al foro izquierda, un mostrador, y detrás del mostrador, una ventana de reja. Dos puertas más en cada una de las laterales. Es una noche lluviosa del mes de abril. La escena está alumbrada por luz eléctrica.

Al levantarse el telón están en escena MARIA DEL MAR, JORGINA, el ENCARGADO de la fonda y DOÑA FELICIANA. JORGINA, medio de bruces sobre una mesita pequeña, hacia la derecha, lee un periódico; MARIA DEL MAR cose cerca de ella; DOÑA FELICIANA, que es una señora bastante gorda, está sentada en una butaca, hacia la izquierda, medio dormida y abanicándose; el ENCARGADO, detrás del mostrador, escribe en un libro de cuentas.

M. DEL MAR. *(Sin dejar de coser.)* ¿Sigue lloviendo, Manuel?

ENCARGADO. Sigue, señorita.

DOÑA FELI. ¡Jesús, qué tiempecito!

ENCARGADO. No se apure usté doña Feliciana, que agua en Extremadura, y en abril, poco dura.

DOÑA FELI. Poco dura, ¿eh? Pues yo lo único que le sé decir a usted es que en ocho días que llevo con mi marido en este maldito pueblo no he visto el sol.

JORGINA. ¡Maldito pueblo y maldito el día en que se le ocurrió a Gonzalo aceptar un destino en su término! Usted lleva ocho días, doña Feliciana; pero nosotros, tres meses, y sin esperanzas de salir nunca de este sepulcro.

M. DEL MAR. Te quejas de vicio, Jorgina.

DOÑA FELI. ¿Y lo dice usted, acostumbrada a andar por esos mundos?

M. DEL MAR. Precisamente por eso. Si viera usted la de veces que yo eché de menos esta tranquilidad,

la paz que ahora disfruto viviendo con mis hermanos en esta fonda de pueblo, alejada del mundo...

JORGINA. ¡Vamos! Estás loca. *(Pausa. El Encargado continúa escribiendo; Jorgina, leyendo, y María del Mar, cosiendo. Doña Feliciana acaba por dormirse. Por el foro llega el* TÍO DOMINICO, *recadero de la fonda y hombre muy bruto.)*

DOMINICO. *(Gritando mucho.)* ¡A la paz de Dios!

DOÑA FELI. *(Despertando sobresaltada.)* ¡Ay, ay, ay!

M. DEL MAR. ¡Jesús!

JORGINA. ¡Qué demonio de hombre!

DOMINICO. ¡Muy buenas noches!

ENCARGADO. ¿Qué pasa, hombre?

DOMINICO. El paquete que estaba usté esperando de Badajoz. Me lo ha dao el jefe de estación.

DOÑA FELI. ¿Es lo nuestro, Manuel?

ENCARGADO. *(Mirando la dirección del paquete.)* Sí, señora.

DOÑA FELI. Traiga, traiga. Creí que no llegaba nunca. Hasta mañana, amigas. Que descansen.

M. DEL MAR. Muchas gracias, doña Feliciana.

JORGINA. Buenas noches.

DOMINICO. ¡Descanse!

DOÑA FELI. *(Asustada.)* ¡Ay!... Gracias, hombre. *(Y hace mutis por la izquierda.)*

ENCARGADO. ¿Qué otra cosa?

DOMINICO. Pues... que no ha venío nadie en el mixto. Y que, al pasar por la plaza, Pepe, el cartero, me dió el correo... Tómelo usté... Dice que mañana vendrá por las perras.

ENCARGADO. *(Revisando las cartas, que son siete u ocho.)* ¿Algo más?

DOMINICO. Na más.

ENCARGADO. Pues buenas noches.

DOMINICO. Descansar. *(Acercándose por detrás a las dos hermanas.)* ¡A las buenas noches! *(Mutis Dominico por el foro izquierda.)*

M. DEL MAR. ¿Hay algo para nosotros, Manuel?

ENCARGADO. Dos cartas para usté. Y esta otra para don Gonzalo. *(Se las da.)*

M. DEL MAR. Gracias.

ENCARGADO. Con permiso. *(Hace mutis por la izquierda con el resto del correo. Por el foro llega* GONZALO. *Viene con paraguas, que deja en un rincón.)*

GONZALO. ¡Hola!

M. DEL MAR. ¡Hola, Gonzalo! *(Abre y lee sus cartas.)*

JORGINA. ¿Qué hay?

GONZALO. Nada. ¿Qué quieres que haya? Que hace quince días me quejaba de la sequía y que llevamos ocho sin poder trabajar, porque los campos están anegados.

JORGINA. ¡Vaya, hombre!

M. DEL MAR. *(Dejando de leer un momento.)* No te desanimes, Gonzalo.

GONZALO. Más aún. Me desespero con esta tierra ingrata. ¡Estudiar una carrera con ilusión, luchar para conseguir el título, quemarse las cejas, imponerse sacrificios de todas clases, y todo para un destino como éste, para encerrarse en un poblacho, sin esperanzas de salir nunca de él, y lo que es peor, con este campo árido, el único malo de Extremadura, donde no se pueden tener iniciativas, ni ensayar cultivos nuevos, ni nada!

JORGINA. Toma, una carta. *(Se la da. A María del Mar.)* A ti ¿quién te escribe?

M. DEL MAR. Los de siempre: dos empresarios. Uno, desconocido, me ofrece un contrato fabuloso. El otro es Sanchidrián, el del teatro Moderno, de Madrid. Cansado de insistir inútilmente, me pregunta ahora que quién soy yo para troncharle su negocio en un momento cúspide...

GONZALO. ¡Idiota!

M. DEL MAR. Y estoy decidida. No volveré a pisar un teatro de *variétés* ni como espectadora. Me equivoqué, Gonzalo. Yo os decía: «Se puede ser honrada y lo seré.» Y lo he sido, porque se puede ser; pero hay algo más fuerte para una pobre mujer como yo, y son ellos, los que nos admiran y nos encumbran. La atmósfera que respiramos está fabricada de sus conjeturas. Llegan momentos en que sobreviene el choque, y no es culpa de ellos, sino de las que pretendemos prevalecer sobre el equívoco.

GONZALO. ¿Pero te había sucedido algo? ¿Cómo no me lo has dicho? Te aseguro que hubiera sabido defenderte.

M. DEL MAR. ¿Tú? ¿Luchando con uno de aquellos ídolos? ¿Despreciado, envilecido, quizá suponiendo la gente que vivíais Jorgina y tú a costa mía?

GONZALO. Era un poco verdad...

M. DEL MAR. ¡No lo fué nunca! Soy yo quien vive ahora a vuestra costa. Pero basta de farsa; cada cual a su sitio. Yo no sirvo para la gloria que me

esperaba. Para lo que yo he nacido es para mujer de mi casa. ¡Dejádmelo ser!

JORGINA. *(Desabrida.)* ¿Y quién te lo impide?

M. DEL MAR. Nadie, no me lo impide nadie, y llegaré hasta donde pueda.

GONZALO. Somos una familia; tú no estarás nunca sola. Haces muy bien, María del Mar. No aceptes más contratos.

M. DEL MAR. Gracias, Gonzalo; pero yo tengo mis proyectos, si vieras... Sé hablar inglés y francés, sé bordar, coser, un poquito de corte; ahora se paga mejor el trabajo y yo quiero trabajar. ¡Pero ayudadme! Y si alguna vez decaen mis energías y hablo de volver a las malditas tablas, tú, Jorgina, dime que no con la misma fuerza que me lo decías hace años en Málaga; y tú, Gonzalo, prométeme, júrame que me harás desistir como de una vergüenza que puede envilecernos a todos.

GONZALO. ¡Yo te lo juro, hermana! *(Gonzalo se aparta un poco de ellas para abrir y leer la carta que tiene en la mano.)*

M. DEL MAR. *(A su hermana.)* Tú ¿qué dices?

JORGINA. ¿Yo? Nada, hija.

M. DEL MAR. ¿No te parecen bien mis proyectos?

JORGINA. Hijita, tú eres mayor de edad; ya puedes decidir solita sobre tu vida.

M. DEL MAR. *(Con reproche.)* Jorgina...

GONZALO. ¿Sabéis quién me escribe? El conde de Guadaira.

JORGINA. ¡Hombre! ¿Desde Sevilla?

GONZALO. No, desde Madrid. Dice que ha ido a pasar tres días.

M. DEL MAR. ¿Y cómo sabe que estamos aquí?

GONZALO. No lo sabe. Me dirige la carta a Zamora, a casa de mi padre... Dice que ignora mi nuevo destino... *(Muy contento.)* Pero ¿cómo? *(Sigue leyendo.)* ¿Es posible?...

JORGINA. ¿Qué es, tú?

GONZALO. ¿Habré leído yo mal?... No, no; está claro, muy claro... ¡Ah!... ¡Por fin!... Mi porvenir, la ilusión de mi vida.

M. DEL MAR. Gonzalito, hijo, que nos tienes en ascuas.

JORGINA. ¿Entrarás en el tema?

GONZALO. Figuraos, una explotación grande de campo al lado de Sevilla, tierras de primera, facultad para emplear el dinero que necesite, y yo a dirigir todo eso, a crear un cultivo a mi

gusto, la suprema ambición de cualquier ingeniero de los que son personajes. ¡Ah, y una casa en Sevilla, en la calle de Trajano, porque hay que vivir en Sevilla!

JORGINA. ¿Pero es posible todo eso, Gonzalo mío?

GONZALO. Léelo tú misma.

M. DEL MAR. *(Muy seria.)* ¿Y son fincas suyas?

GONZALO. Como si lo fueran. Tiene plenos poderes para hacer y deshacer. Son de su sobrino, aquel duque de Carriedo, que ni sabe lo que tiene ni siquiera conoce sus posesiones.

M. DEL MAR. ¡Ah!...

GONZALO. Pero ¿qué te pasa, chiquilla? ¿No te alegras como nosotros?

M. DEL MAR. Si es tú felicidad, ¿cómo no voy a alegrarme? Imagínate...

GONZALO. Es que... yo puedo no aceptar...

M. DEL MAR. ¿Puedes no aceptar? Luego tú... te figuras que yo..., que nosotros..., al ser de Carriedo...

GONZALO. Basta, María del Mar... Debí comprenderlo antes de ahora... Ha sido él... Quizá la noche de su fiesta...

M. DEL MAR. Gonzalo...

GONZALO. No hablemos más de ello...

JORGINA. Pero... ¿es que piensas no aceptar?

GONZALO. Trae la carta. *(La rompe.)* No te apures. Otra vez será. Ten fe.

M. DEL MAR. ¿Lo veis? Es imposible. Pidamos a Dios que se olviden de mí; que me parece mi pasado de bailarina como una marca de fuego, señal de ignominia que me impide ser respetada como una mujer que no tiene de qué avergonzarse. Yo quiero no recordar nada: lo que fuí y lo que pude ser; olvidar a ese hombre para siempre.

GONZALO. ¿Olvidarle, María del Mar? Entonces...

M. DEL MAR. ¡No! ¡Ni lo pienses siquiera! Me ofendió gravemente; si yo fuera capaz de odiar, le odiaría. Pero como mi pasado está limpio de recuerdos amorosos, el de ese hombre persiste en mi mente contra mi voluntad. Siempre temo volver a encontrarme con él. Es un presentimiento estúpido, pero no lo puedo desechar. Cuando estoy abstraída y oigo una voz, me parece la suya; si oigo unos pasos, me parecen los suyos; cuando se abre una puerta me parece que es él quien va a entrar. *(Por el foro sale* QUIQUE.)

QUIQUE. Buenas noches.

M. DEL MAR. ¡Jesús!

GONZALO. ¿Eh?

JORGINA. ¡Duque!

QUIQUE. No se asuste, por Dios, María del Mar; no soy ningún demonio para que de esa manera invoque usted al cielo.

M. DEL MAR. *(Fría.)* Usted perdone.

QUIQUE. ¿Qué tal? *(Le da la mano.)*

M. DEL MAR. Bien, gracias.

QUIQUE. ¿Y usted, Jorgina?... Amigo Torres...

GONZALO. Para servirle...

QUIQUE. ¡Je! *(Pausa.)* ¡Caramba, caramba!... Pues... Qué sorpresa, ¿verdad?

GONZALO. Cierto, figúrese. No podíamos esperar...

QUIQUE. No, si digo la mía.

GONZALO. *(Mirándole fijamente.)* ¿La de usted?

QUIQUE. *(Esquivando la mirada.)* La mía, sí. Este encuentro ha sido una... casualidad, ¿saben? Iba en automóvil, de paso para Sevilla, con mi tío Alonso y un amigo. Hemos tenido una avería cerca de este pueblo, y... yo sabía que andaban ustedes por tierras de Extremadura, pero ignoraba en qué sitio exactamente, y...

GONZALO. Ya... *(Pausa embarazosa.)*

QUIQUE. ¿Ha recibido usted una carta de mi tío?

GONZALO. Hoy precisamente.

QUIQUE. ¿Y acepta usted?

M. DEL MAR. Con su permiso, señor Duque...

QUIQUE. Usted lo tiene, María del Mar.

M. DEL MAR. Vamos, Jorgina.

QUIQUE. Buenas noches... *(Jorgina y María del Mar hacen mutis por la derecha.)* ¿Y acepta usted?

GONZALO. No puedo. El clima de Sevilla no me sienta. Estoy muy honrado con su atención, pero... *(Violentándose.)* yo no puedo ser su ingeniero.

QUIQUE. ¡Cuánto lo siento! De verdad que me contraría la cosa... *(Por el foro sale* FEDERICO *con dos maletas.)*

FEDERICO. Oye, Quique: dice tu tío que... ¡Torres!

GONZALO. ¿Cómo está usted, señor Huete?

FEDERICO. Acabo de quedarme sin pulso, amigo mío. Y algo peor. Me están asaltando vehementes sospechas de que soy un imbécil.

QUIQUE. Eso lo sabía yo hace mucho tiempo.

FEDERICO. Pero yo no. Todos los días se aprende algo nuevo.

QUIQUE. *(A Gonzalo.)* Usted no me negará una entrevista. Yo necesito, al menos, su consejo como ingeniero. Espero que nos hará usted el honor a mi tío y a mí. Quiero, en su autorizada presencia, convencerle a usted, desvanecer ciertos recelos...

GONZALO. Bien. Estoy a sus órdenes.

QUIQUE. *(Estrechando su mano.)* Muchas gracias, Gonzalo. *(Por el foro sale el* CONDE.)

CONDE. *(Aparte.)* ¿Eh? *(Acercándose a Gonzalo con naturalidad.)* ¿Cómo va, Gonzalo?

GONZALO. Señor Conde... ¿Usted no se sorprende al verme?

CONDE. Yo soy demasiado viejo para sorprenderme ya de nada, hijo. Ni las averías de los automóviles me asombran ya... El de éste, que se ha roto, ¿sabe usted?, no sé qué avería del motor le ha impedido seguir andando precisamente al llegar a este pueblo. Y eso que es un motor estupendo, inglés, naturalmente, no hay que decirlo : un Rolls Royce. Mi viejo coche de mulas no se descompone nunca.

GONZALO. Que es una ventaja.

CONDE. No siempre. ¡Si viera usted lo desagradable que sería, para mí al menos, tener que envenenar disimuladamente a una mula cuando no quisiera que pasase de un sitio!

QUIQUE. ¡Qué cosas tienes, tío!

CONDE. ¡Soy yo muy gracioso!

FEDERICO. Bueno, ¿pero aquí no hay nadie? ¿Tendremos habitaciones?

GONZALO. De seguro.

QUIQUE. *(A Federico.)* ¿Quieres ocuparte?

FEDERICO. Ahora mismo.

GONZALO. Venga usted por aquí. El encargado le dirá.

FEDERICO. Vamos. *(Gonzalo y Federico hacen mutis por la izquierda.)*

CONDE. Bueno, eres un sinvergüenza.

QUIQUE. Gracias.

CONDE. Es justicia. ¿Quieres decirme por qué nos has engañado de esta manera, la necesidad que tenías de fingir la avería del *auto?* ¿Por qué no me has dicho claramente adónde veníamos?

QUIQUE. Porque te hubieras opuesto.

CONDE. Me has convencido.

QUIQUE. Y yo necesitaba tu presencia para persuadir

a Gonzalo de que aceptase lo que le ofrecíamos.

CONDE. Esa idea fué mía, y casi me arrepiento de ella. ¿Quieres oírme en serio?

QUIQUE. Probaré.

CONDE. Pues me arrepiento porque tu fantasía la ha desvirtuado. Sabiendo yo la honradez sin tacha de esa mujercita, y que por una osadía tuya de señorito rico se había perturbado su vocación y sembrado su ruina, pensé lo de la colocación para su cuñado. Me pareció el muchacho una adquisición para tu hacienda; asegurarle el bienestar valía tanto como hacerlo por María del Mar. Y ese bien se hacía lejos de Madrid, en Sevilla, donde tú no sueles poner los pies ¡ni en feria! ¿Me comprendes?

QUIQUE. Perfectamente. Lo que no comprendo, y *c'est le ton que fait la chanson...*

CONDE. ¡Háblame en cristiano, carape!

QUIQUE. Perdona. Lo que no me explico es por qué ahora pareces iniciar unos recelos...

CONDE. ¡Muy grandes, señor duque de Carriedo!

QUIQUE. Explícate.

CONDE. Me temo que lo de María del Mar no sea aventurilla, sino aventuraza; que ella pueda dejar de ser quien es y tú comprometer tu fortuna y tu posición para correr tras ella o con ella, que no sé cuál de las dos cosas sería peor. A las mujeres las ciega el dinero; las más incorruptibles llegan a rendirse; y los hombres más sensatos, ¡y esto no va por ti!, cuando claudican entregan todas las armas, y en esa pendiente de envilecimiento se cae tan bajo como tú no puedes ni sospechar.

QUIQUE. Está bien, tío. Te agradezco tus advertencias y las tendré presentes.

CONDE. Sí, como quien oye llover.

QUIQUE. *(Vivamente.)* ¡Cómo!...

CONDE. ¿Qué?.

QUIQUE. Bueno, como nada.

CONDE. ¡Ay, Quique! Tú estás mucho peor de lo que yo creía... y quizá de lo que crees tú mismo.

QUIQUE. Es posible...

CONDE. Pues hay que poner remedio a esto. *(Salen por la izquierda* GONZALO, FEDERICO *y el* ENCARGADO.)

FEDERICO. Todo arreglado: tenemos tres habitaciones bastante decentes.

QUIQUE. Pues vamos allá.

ENCARGADO. ¿Los señores han cenado?

CONDE. No.

ENCARGADO. Bien. ¿Estas maletas?... *(Se refiere a las que entró Federico.)*

QUIQUE. Haga usted el favor de subirlas. Y otras dos que han quedado en el coche. Está en el *garage*.

GONZALO. ¿Me necesita usted, señor Conde?

QUIQUE. Yo soy quien vuelve a suplicarle que nos oiga luego.

GONZALO. Le repito que estoy a sus órdenes, pero será inútil. *(Mutis Gonzalo por la derecha.)*

CONDE. En fin... ¿Vamos?...

ENCARGADO. *(Pasando delante.)* Por aquí, señor. *(El Encargado y el Conde hacen mutis por la izquierda.)*

QUIQUE. ¿Qué me miras?

FEDERICO. ¿Puedo saber cuáles son tus planes?

QUIQUE. ¿Y crees acaso que yo mismo lo sé? Yo no sé sino que esa mujer me tiene loco y que desde aquella fiesta de mi casa no ha vuelto a pisar un tablado. Allí trabajó por última vez. Enterado por ciertas confidencias, supe que vive aquí con sus hermanos, sin ver a nadie.

FEDERICO. ¿Y qué?

QUIQUE. Hombre, que este retraimiento suyo, su brusca retirada de la escena, quieren decir algo...

FEDERICO. ¿Que esté enamorada de ti? ¡Ja, ja, ja!

QUIQUE. No te rías. ¿Crees que hago mal en hacerme ilusiones?

FEDERICO. Lo que creo es que vas de prisa en la deducción. María del Mar es una mujer complicada. No es una cupletista de tres al cuarto, ni una habitual de las pasiones, ni una señorita cursi, ni una dama del gran mundo. Es un poco de todo ello.

QUIQUE. Comprendido. Entonces me va a torear. Se negará a que hablemos y la tendré que enviar al diablo.

FEDERICO. Si traes esos propósitos, ¿por qué te has movido de Madrid?

QUIQUE. Buena pregunta. Parece mentira que pases por listo. Primero: ¿sé yo los propósitos que traigo?; segundo: ¿no has comprendido que por primera vez en mi vida me he enamorado como un ganso?

FEDERICO. ¡Vamos! Celebro oírte discurrir... Empiezas a conocerte. Tienes razón.

QUIQUE. Pero yo me pregunto y te pregunto a ti: ¿será todo inútil? Mi fortuna, mi nombre, mis grandezas, ¿serán nada para la primera mujer que me ha interesado de verdad?

FEDERICO. Es cosa difícil decirte sí o no. Necesitaría saber, y perdona mi pesadez, los propósitos que tú tengas.

QUIQUE. No te entiendo.

FEDERICO. Depende mucho de ella, pero más de ti. Puede ser una mujer romántica y entregarse, si aciertas el momento; puede ser ambiciosa y atraerla la fama mundial, y aceptar tu programa de viajes y exhibiciones...; puede ser más ambiciosa aún, y... aspirar a casarse contigo.

QUIQUE. ¿Estás loco? ¿Crees que ella puede ser tan idiota? ¡Vamos, vamos! ¡No faltaba más!

FEDERICO. ¿Y por qué no? ¿Me quieres decir?

QUIQUE. ¡Bah, tú estás de broma! ¿Quieres que yo te diga por qué el duque de Carriedo y de Arahal, conde de Fuentes Rojas, no puede casarse con una cupletista malagueña?

FEDERICO. Quiero que me lo digas, sí; ¿por qué no?

QUIQUE. ¡Hombre! Pues porque... *(Pausa.)* Claro que no sería el primero... ni el último. El número de los tontos es infinito.

FEDERICO. Cuidado. Ya conoces aquello de que sólo los hombres de talento hacen tonterías. Los tontos las dicen. Y vayamos a saber si esa era una tontería. Yo no sé un hombre como tú con quién podrá casarse. Tú no puedes hacer una vulgaridad. Yo no te concibo «en menaje» con las pavitas de sociedad, almorzando en casa de los papás, asistiendo en coro de ánimas al palco del Real a deleitarse con *Otelo* o *Lucía*. Estoy seguro de que tú harás algo distinto de todos: algo desconcertante, sí, ¡pero genial! *(Pausa. Quique, sentado, está pensativo. Federico pasea.)* ¿Para qué te sirven tus millones, tu posición social, si no puedes imponer a los demás un capricho tuyo? ¿Vas a unirte con una niña mística o con una de tantas audaces saturadas de experiencia?... Tú harás algo genial, Quique... ¡Tú no caerás en la vulgaridad! *(Pausa.)*

QUIQUE. *(Pensativo.)* Federico...

FEDERICO. *(Cambiando de tono, confidencial, persuasivo.)* Dime la verdad. Yo soy tu mejor amigo..., tu confidente... ¿No has pensado nunca en lo que te acabo de decir?

QUIQUE. Quizá... Sin darme yo mismo cuenta, inconscientemente... Pero lo he pensado. ¿No te ha ocurrido alguna vez, en el teatro o leyendo un libro, al oír o leer un pensamiento profundo, una observación exacta, recordar haberlo pensado tú mismo y en la misma forma antes de que llegara a tus sentidos? Pues lo mismo me acaba de suceder contigo. Y no es la primera vez, tú lo sabes. Hace quince días, cuando quise escribir a esa mujercita que me trae loco y me desesperaba por no hallar forma adecuada para expresar mis sentimientos, tú me hiciste el borrador de una carta, que era lo que yo sentía, lo que yo hubiera querido decir; de tal manera, que cuando la leí, copiada por mí, me pareció que era yo mismo quien la había escrito. *(Pausa.)*

FEDERICO. *(Azorado.)* Y así era, tonto. Yo no hice más que dar una forma algo correcta a lo que tú querías. *(Por la izquierda salen el* CONDE *y el* ENCARGADO.)

QUIQUE. Querido tío...

CONDE. Sobrino amadísimo.

QUIQUE. ¿Quieres que hablemos ahora con Gonzalo?

CONDE. ¡Por mí!...

QUIQUE. Pues voy a avisarle. *(Al Encargado.)* ¿Quiere usted acompañarme al cuarto del señor Torres?

ENCARGADO. Yo le avisaré, señor Duque. Con mucho gusto.

QUIQUE. No, no; prefiero ir yo. Acompáñeme. ¿Por aquí?

ENCARGADO. Sí, señor.

(El Encargado y Quique hacen mutis por la derecha.)

CONDE. ¿A dónde va ese loco?

FEDERICO. Ya lo ha oído usted. A buscar a Torres. Y de paso a ver si logra encontrar a María del Mar.

CONDE. Estoy muy preocupado, amigo Huete.

FEDERICO. ¿Por qué, Conde?

CONDE. Quique no tiene norte ni guía, y a usted le hace mucho caso. Decídale usted a irse al extranjero una larga temporada y acompáñele.

FEDERICO. Cualquier cosa daría yo por marcharme ¡pero si viera usted, don Alonso, lo difícil que sería esa arrancada para mí?

CONDE. ¿Y por qué? ¿No le agradarían unos meses citos en Londres..., en París?

FEDERICO. Claro, a usted le parece una cuestión sin importancia; pero yo no vivo más que de una pensión mensual de dos mil pesetas vitalicias que me dejó mi tío Alfredo, robándome el resto del capital para legarlo a la Ciencia los famosos laboratorios...

CONDE. Sí, sí. ¿Y usted cree que esa es pequeña cantidad para un hombre solo?

FEDERICO. ¡Muy pequeña! Tengo para vivir; pero lo que son cuentas grandes, eso tengo que sudar tinta para resolverlo; y es natural, cuando empieza la primavera, me aprietan, me hostilizan...

CONDE. ¿Y es mucho...?

FEDERICO. Veinte...

CONDE. Veinte mil pesetas que mañana le regalo yo a usted.

FEDERICO. ¡Ah, eso no! Esa no es la fórmula de que yo pueda aceptarlo.

CONDE. Pues se las presto a un plazo que usted fije, con facultad de prorrogarle hasta el día del Juicio..

FEDERICO. ¡Don Alonso! ¡Gran conde de Guadaira! Usted debía de haber hecho raza.

CONDE. ¡Ja, ja! Ahora yo le ruego a usted que se lleve a mi sobrino a Finlandia o más lejos. Hacia el Norte, siempre hacia el Norte, y, si alguna vez le ve usted volver los ojos hacia donde usted sabe, no faltarán otros espejuelos para reclamo.

FEDERICO. Está en mi ánimo. Además, Quique tiene tan poca fijeza...

CONDE. Sí, pero los atolondrados, los mariposones, cuando se fijan una vez, como ya les coge cuando tienen las alas cansadas y se encuentran a gusto, a lo mejor caen para siempre.

FEDERICO. ¿Para siempre, don Alonso? Ese es un concepto que no cabe en el cerebro de su sobrino de usted.

CONDE. ¿Lo cree usted de veras?

FEDERICO. En absoluto. Y, sin embargo, ahora...

CONDE. ¿Qué?

FEDERICO. No sé, no sé... Si me lo hubiera usted dicho

antes... Pero ya es curioso que estos caballeretes que lo tienen todo desde la cuna, cuando van a dar un tropiezo se preocupe todo el mundo para evitárselo. ¡Y a veces merecían romperse la cabeza!

CONDE. Federico... que es mi sobrino.

FEDERICO. ¡Y mi mejor amigo, Conde!

CONDE. Calle, que vienen. *(Salen por la derecha* QUIQUE *y* GONZALO.) ¿Qué, tenemos ingeniero?

GONZALO. No, no, señor. Eso le venía diciendo a su sobrino. Yo no puedo. Es inútil que ustedes tengan la bondad de insistir, porque yo no puedo aceptar.

CONDE. Pero, hombre, Gonzalo...

GONZALO. No, señor; yo no puedo, no debo aceptar.

FEDERICO. *(Aparte.)* Quiere, pero no ve el medio de aceptar.

QUIQUE. Mire usted, Torres. Voy a plantear la cuestión en el terreno que se debe hacer con un hombre de honor, capaz de ciertas heroicidades que para mí no pasan inadvertidas.

GONZALO. Diga usted.

QUIQUE. Pues... ¿quieres dejarnos un momento, Federico?

FEDERICO. Ya me iba. *(Aparte.)* ¡Esto va bien! *(Federico hace mutis por la izquierda.)*

QUIQUE. Su actitud de usted, al negarse con tanta entereza, le hace sagrado para mí. ¡Basta de equívocos! Es usted un caballero; pero también lo soy yo, y si en un momento de ofuscación pude ofender a la que usted tan noblemente ampara, no he de caer jamás en el mismo error. Diga usted a María del Mar que me perdone, que la respeto tanto, que si alguna vez me oye hablar de amor, entienda que ello quiere decir matrimonio, unión legal...

GONZALO. ¡Señor Duque...!

CONDE. ¡Pero, Quique...!

QUIQUE. Sólo así se acercaría el duque de Carriedo a la hermana de su mujer de usted. Y, después de esta declaración terminante, yo le suplico, ya libre de todo recelo, que acepte por mí, que acepte por ella, y que me conceda después su estimación, que yo solicito.

CONDE. ¡Pero, Quique...!

GONZALO. Bueno, usted comprenderá que... Es tan inesperado esto... Por mi parte no dudaría

ya, pero tengo hecha una promesa. No sé.. Comprenda usted que, de todos modos yo no puedo aceptar sin consultar con mi familia. Pero, sea cualquiera mi resolución, muchas gracias, señor Duque. Sinceramente, gracias. Estoy conmovido. Muchas gracias. *(Mutis Gonzalo por la derecha.)*

CONDE. ¡Jesús, Jesús! ¡Qué desatino! ¡Cuánto despropósito en medio minuto! El muchacho se ha marchado aturdido, es natural. Pero ¿te has vuelto loco, Enrique?

QUIQUE. *(Mirando maliciosamente a su tío, después de una pausa.)* ¿A ti qué te parece, tío?

CONDE. ¿El qué?

QUIQUE. Lo que acabo de decirle. ¿Hay estilo o no hay estilo? ¿Sé dar coba a la gente?

CONDE. ¿Coba...? ¡Esas tenemos! Y yo que creí que en lo que decías estabas poniendo toda la sinceridad de tu alma, ahora resulta que era una habilidad de ingenio a lo Federico Huete.

QUIQUE. ¡Ja, ja, ja! No me hagas caso. La broma es lo que te acabo de decir a ti.

CONDE. Lo otro, entonces...

QUIQUE. *(Pensativo.)* Entonces...

CONDE. ¡El diablo que te entienda!

QUIQUE. ¡Ja, ja, ja!

(Por la derecha salen MARÍA DEL MAR, JORGINA *y* GONZALO.)

CONDE. María del Mar..., muchacha... ¿Cómo estás?

M. DEL MAR. ¿Y usted, don Alonso? Yo encantada de verle siempre.

CONDE. ¿Y tú, Jorgina?

JORGINA. Ya me ve usted. Encerrada en este poblacho y con pocas esperanzas de salir de él.

QUIQUE. ¿Gonzalo no les ha dicho...?

GONZALO. Que ustedes tienen la bondad de insistir para que acepte el cargo que me ofrecen; nada más.

QUIQUE. María del Mar: la casualidad está jugando demasiado con nosotros, y ya de hoy no pasa el que tengamos una explicación. ¿Quiere usted concederme el honor de que charlemos unos momentos?

M. DEL MAR. *(Indecisa.)* Duque...

QUIQUE. Se lo ruego delante de sus hermanos y de mi tío. ¡Acceda usted a escucharme, María del Mar!

GONZALO. *(A quien María del Mar consulta con la mirada.)* Quédate.

JORGINA. *(Aparte.)* ¿Qué será esto?

QUIQUE. Te suplico, tío...

CONDE. Tú tienes una manera de suplicar las cosas...

GONZALO. Pase usted, Conde.

CONDE. Gracias.

(El Conde, Gonzalo y Jorgina hacen mutis por la derecha.)

M. DEL MAR. *(Después de una pausa, fríamente.)* Usted dirá, Duque.

QUIQUE. María del Mar... ¿No ha recibido usted una carta mía?

M. DEL MAR. Sí, señor.

QUIQUE. ¿Y por qué no me ha contestado usted? *(María del Mar no responde.)* ¿Por qué no me ha contestado usted, María del Mar?

M. DEL MAR. Debía usted comprenderlo.

QUIQUE. ¿Por qué?

M. DEL MAR. Porque una carta así, escrita por usted, tenía que ofenderme, compréndalo.

QUIQUE. No, María del Mar. Mi amor, que es muy sincero y muy grande..., no podrá ofenderla a usted ya nunca, porque mi amor no es el que usted se figura; es como el de Gonzalo por Jorgina. Yo la quiero a usted para consagrar mi hogar, para madre de mis hijos, para esposa, para poder apreciar debidamente, cuando sean de usted, todas mis grandezas, mis lujos y mis propiedades...

M. DEL MAR. *(Confusa.)* Duque...

QUIQUE. *(Con tristeza.)* ¿Duque...? Me llamo Enrique, María del Mar. *(Pausa.)* ¿No me contesta usted...? Mi cortijo de Arahal es un rincón de amor; él nos espera para nuestra luna de miel.

M. DEL MAR. Yo le agradezco a usted... con toda mi alma, como usted no puede ni imaginar, cuanto acaba de decirme...

QUIQUE. ¡María del Mar...!

M. DEL MAR. ¡Esta sí que es locura! Reflexione usted adónde iría a parar si, en vez de dar conmigo, hubiese usted tropezado con una mala mujer. Hasta este momento la táctica hubiese sido la misma. Ninguna concesión, gesto iracundo, muestras de abatimiento, vida retirada, todo ello hasta hoy. Ahora es cuando nos distinguimos, ahora es cuando yo he de decirle que yo no podré ser nunca la mujer de usted.

QUIQUE. ¡María del Mar!

M. DEL MAR. Yo ya tengo trazada mi vida. Gonzalo aceptó el puesto ofrecido, y yo me voy a Sevilla a vivir a la casa de usted, que para mí será del señor Duque, del amo del campo, que por su rango está muy distante de mí, y de que no podré ser nunca ni amiga, como las muchachas de su clase, ni capricho de un día, como la hija de cualquier guarda.
(Pausa.)

QUIQUE. *(Desconsolado.)* No sé si tiene usted razón. Hoy sólo puedo decirle que, si persiste usted en su negativa, mi desconsuelo..., mi desconsuelo, María del Mar, será muy sincero.

M. DEL MAR. *(Afectuosa.)* Duque...

QUIQUE. He hablado a usted con el corazón, y usted me ha contestado con razones; pero yo necesito que me diga claramente lo que temo adivinar por sus palabras... ¿No me quiere usted, María del Mar? *(Ella dice que no con la cabeza.)* Dígamelo para que yo lo oiga.

M. DEL MAR. No.

QUIQUE. *(Sentándose en una silla, abatidísimo.)* Está bien, María del Mar.

M. DEL MAR. Pero... ¿llora usted, Duque? Eso, no. Yo no quiero que usted llore. A pesar de lo que le dije antes, quiero ser su amiga, demostrarle mi gratitud.

QUIQUE. *(Poniéndose en pie.)* Perdone usted, María del Mar. Nos separamos de modo bien distinto que al encontrarnos. Usted, afectuosa, cordial. Yo, vencido, con una pena y un desconsuelo desconocidos por mí hasta ahora. ¡Perdone usted!
(Mutis Quique por la izquierda.)

M. DEL MAR. Enrique...
(María del Mar se sienta ante la mesita de la derecha, la frente apoyada en las palmas de las manos y los codos sobre la tabla. Pausa. Por la derecha sale el CONDE.)

CONDE. ¡Pero, muchacha...! ¿Estás sola?

M. DEL MAR. Ya lo ve usted.

CONDE. ¿Y Quique?

M. DEL MAR. Allá adentro.

CONDE. Ya. Pues, hijita, yo tengo que decirte algo que me violenta mucho..., para mí es una papeleta difícil; sin embargo, tú sabes que yo te quiero...

M. DEL MAR. Así lo creí siempre.

CONDE. Me alegro. Yo quiero ayudarte en lo que pueda; ayudaros a la simpática trinidad que formáis con el bueno de Torres; pero... no sé cómo empezar.

M. DEL MAR. Usted dirá.

CONDE. ¿Tú conoces una novela muy bonita, que a todos nos ha emocionado en la vida alguna vez, y que se llama *La dama de las camelias?*

M. DEL MAR. Sí.

CONDE. Vaya, esto va bien. Pues salvando que allí se trata de una mujer perdida, y aquí de una mujercita muy honrada y muy cabal, ahora traigo yo la ingrata misión de aquel buen padre monsieur Duval.

M. DEL MAR. ¿Y usted quiere que yo sea una heroína del amor, como Margarita Gautier?

CONDE. No tanto.

M. DEL MAR. Ni a tanto me atrevería yo; pero sepa usted que, en este caso, nada tengo que hacer ya. Enrique me acaba de ofrecer su nombre.

CONDE. ¡Era verdad!

M. DEL MAR. Tan verdad como que yo acabo de rechazarlo.

CONDE. ¿Tú? ¿Es posible? ¿Lo quieres pensar?

M. DEL MAR. No, señor. Lo tengo pensado.

CONDE. *(Abrazándola.)* Bravo, hija.

M. DEL MAR. La distancia hará su obra. Yo me voy con Gonzalo y Jorgina a vivir a Sevilla.

CONDE. Está bien, mujer. ¡requetebién! Y no te apures por él, si se te ha puesto muy patético. Yo te aseguro que se le pasará pronto el capricho.

M. DEL MAR. ¿Verdad que sí, don Alonso? *(Echándose a llorar.)* Pero ¿y a mí, que ahora le quiero con toda mi alma, se me pasará también?

CONDE. ¡Muchacha! ¡Pero muchacha!

FEDERICO. *(Que ha salido por la izquierda, a tiempo de oír las últimas palabras de María del Mar, dice aparte:)* ¡Ay, duquesa, duquesa! Tú vas a ser mi mejor obra.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Amplia estancia en el cortijo de Arahal, cerca de Sevilla. Dos puertas, una en cada uno de los laterales. En el centro del foro, amplio balcón, abierto durante todo el acto, por el que se divisa una perspectiva de campo andaluz; a lo lejos, Sevilla. Predominan los muebles sevillanos. Pero también los hay españoles e ingleses. Es de noche.

En escena, MARIA DEL MAR, JORGINA, la PRINCESA PAOLY, CHITA VELEZ, el CONDE DE GUADAIRA, HENDERSON, PEPIN TORRETE, PEPE RAMAL, QUIQUE y FEDERICO. Los dos últimos charlan sentados ante una mesita, en primer término izquierda, apartados de los demás. Los otros forman grupos al fondo y a la derecha. Toman café y licores. Las señoras, escotadas. Los hombres, de *smoking*.

CHITA. ¿Qué hora es?

CONDE. Cerca de las nueve y media.

PRINCESA. Va a ser cosa de ir pensando en arreglarse un poco.

JORGINA. ¡Por Dios! ¡Si es muy pronto!

CHITA. ¿A qué hora hay que estar en el barco?

JORGINA. María del Mar...

M. DEL MAR. *(Distraída.)* ¿Eh...? No sé... Mi marido os dirá.

JORGINA. ¡Quique!

QUIQUE. *(Volviendo la cabeza.)* ¿Qué quieres, preciosa?

JORGINA. ¿A qué hora hay que estar en el barco?

QUIQUE. Lord Palmer dijo que a las once. *(Sigue hablando con Federico.)*

JORGINA. Hay tiempo. Nos vamos a divertir horrores, ya veréis.

PRINCESA. ¿Usted cree?

JORGINA. ¡Horrores, ya veréis! ¡Qué temporada más deliciosa!

M. DEL MAR. *(Aparte, a su hermana.)* ¡Jorgina...!

JORGINA. ¿Qué, mujer?

M. DEL MAR. Nada...

RAMAL. Verdaderamente, Duquesa. Nos está tratando usted maravillosamente.

HENDERSON. Y tiene razón Jorgina. Yo he estado numerosas veces en Sevilla y nunca me he divertido tanto.

PRINCESA. Para María del Mar será también inolvidable está primavera, ¿verdad?

M. DEL MAR. Eso... puede usted jurarlo, señora.

PRINCESA. Casi en la luna de miel todavía.

M. DEL MAR. Casi.

PRINCESA. *(Mirándola con sus impertinentes.)* ¡Qué suerte...!

M. DEL MAR. *(Nerviosísima.)* ¡Mucha, sí, señora!

CONDE. *(Aparte.) La tempesta e vichina.*

PEPÍN. ¡Y qué bien se come en esta casa, señores! Todo hay que decirlo.

CHITA. ¿Pero no tienes tú la dirección del *menú?*

PEPÍN. ¡Claro! Por eso digo que comemos bien.

CHITA. Parece mentira que pueda atraerte una cosa tan prosaica.

PEPÍN. No me extraña nada tu criterio. Eres demasiado joven para saber apreciar las cosas buenas.

CHITA. Gracias, por lo de la juventud.

PEPÍN. Napoleón era un deplorable *gourmet*, y estimaba más unas salchichas asadas que la mejor creación de sus cocineros. Tuvo que llegar a Santa Elena para sentirse arrepentido de su equivocación.

CHITA. *(A María del Mar.)* Chica, la verdad es que vosotros sabéis como nadie dar a todo un sello único de *chic*, de *snob*...

CONDE. Sobre todo, eso. Como que a casa de Quique, *(Mira con intención a María del Mar.)*, entre la balumba de gente que aquí se mete, sólo vienen siete españoles.

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

CONDE. En serio. ¿Quiénes más que los del *yatch* de lord Palmer frecuentan esta casa? Vosotros vivís en ella, y os hago mucho favor llamándoos españoles.

PRINCESA. ¿Es una deshonra no serlo?

CONDE. No quise decir eso, Princesa. Quiero decir que éstos tampoco lo son.

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

QUIQUE. ¿Qué pasa?

CHITA. ¡Cosas de Alonso!

CONDE. ¿Cosas mías? A ver: tú, Chita, apenas puedes soportar una larga conversación en castellano sin «irte al inglés»; Fifina Tayrena, que hoy no nos honra con su presencia, tiene, para su uso particular, un idioma especial con raíces en varias lenguas, como el esperanto o el volapuk.

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

CONDE. Mariano Soto piensa en inglés siempre, al unísono de sus *jockeys* y de sus caballos.

PEPÍN. ¡Ja, ja, ja! Se lo diré en cuanto le vea.

JORGINA. Luego irá al barco. ¿A que no se lo dices?

PEPÍN. Ya lo verás.

CONDE. Tú, Pepín...

PEPÍN. ¿Yo también? ¿Qué?

CONDE. Afrancesado hasta el fondo de tu estómago. Tu patria es la de Savarín.

JORGINA. Oye, ¿y Federico?

CONDE. Federico...

TODOS. A ver..., a ver...

CONDE. Federico es tan acomodaticio, tan sutil, tan maleable..., que piensa y siente como su interlocutor, sea de la raza que sea.

TODOS. ¡Ja, ja, ja! ¡Bravo, bravo! *(Aplauden.)*

CONDE. Pero de todos modos, Federico..., ese es el más español de todos... ¿No te parece, María del Mar, que el más español de todos es Federico?

M. DEL MAR. Cuando tú lo dices... Con vuestro permiso... *(Vase por la derecha.)*

FEDERICO. ¿Se meten conmigo?

HENDERSON. Un poco.

FEDERICO. No hacer caso. *(Sigue hablando con Quique.)*

PRINCESA. ¿Qué le pasa a la Duquesa?

JORGINA. No sé. Está tonta, no hay que preocuparse. ¿Quién me da un pitillo?

QUIQUE, HENDERSON, PEPÍN, RAMAL Y PRINCESA. *Yo. (Le ofrecen sus pitilleras.)*

CONDE. Yo, hijita mía, como no los quieras de cincuenta...

JORGINA. ¡Qué cosas tienes! Gracias a todos. Le cogeré a la Princesa, porque es una señora y, además, porque los tiene rusos. ¡Me vuelven loca los rusos!

CONDE. ¡Otra extranjera!

QUIQUE. *(Dándole lumbre con su encendedor, y aparte.)* Y a mí loco las españolitas preciosas y simpáticas.

JORGINA. *(Coqueta.)* Ah, ¿sí?

QUIQUE. Sí.

JORGINA. ¡Caramba, hombre, qué fino está el tiempo...!

POCHOLO. *(Por la derecha.)* ¿Señora?

JORGINA. ¿Es a mí?

POCHOLO. El señorito Gonzalo acaba de llegar.

JORGINA. ¡Hombre, mi maridito! ¡Ya era hora! *Pocholo se va por la derecha.)*

QUIQUE. Dile que me vea. Quiero que me dé cuenta de su gestión.

JORGINA. Hasta ahora.

(Mutis Jorgina por la derecha. Quique vuelve al lado de Federico, a la mesita del primer término izquierda, y continúa hablando aparte con él.)

CHITA. Reconozcamos que María del Mar representa bien su papel de Duquesa. Es muy inteligente y, sobre todo, muy buena.

HENDERSON. Sobre todo.

CHITA. Sí; pero reconozcamos que ha tenido una suerte loca.

PRINCESA. Es difícil competir con las mujeres éstas.

CONDE. *(Conteniéndose.)* ¿Con qué mujeres, Princesa?

PRINCESA. Como la Duquesa...

CONDE. ¡Ah, sí! ¡Dificilísimo!

RAMAL. Quique ha hecho bien en casarse. ¡Si no sirve para eso el dinero!

PEPÍN. Pero, ¿de qué extrañarse, señores? ¿Acaso no estamos todos locos...? ¿No hice yo mucho más jugándome a un caballo, en Londres, la renta de diez años? Quique está en la edad de las tonterías. Ya pasarán los años, y si llega a los míos con mi estómago, que no será para él poca fortuna, se reirá como yo de las aventuras femeninas y pensará, con el gran Savarín, que sólo el placer de la mesa es de todas las condiciones y de todos los días. He dicho.

HENDERSON. ¡Bravo, Pepín!

TODOS. ¡Ja, ja, ja! *(Continúan hablando bajo.)*

FEDERICO. *(A Quique.)* ¿Qué gestión es esa de Gonzalo?

QUIQUE. La de los toros. Quiero, a toda costa, que no

termine la temporada sin que en la plaza de Sevilla se lidien toros míos.

FEDERICO. No me habías dicho. ¿Pero tan bien tienes ya la ganadería?

QUIQUE. Estupendamente. Mi cuñado Gonzalo es el mejor ingeniero agrónomo del mundo. Vale mucho.

FEDERICO. ¿Tanto... como su mujer?

QUIQUE. ¿Por qué lo dices?

FEDERICO. ¿Por qué me preguntas tú por qué lo digo?

QUIQUE. ¡Je! ¡Qué pícaro eres! Pero te juro que por ese lado no hay nada. Estaría feo, ¿no te parece?

FEDERICO. Haciendo bien las cosas...

QUIQUE. Hay algo que me preocupa más en este momento...

FEDERICO. ¿La Princesa?

QUIQUE. Sí. Calla. *(Se levanta y se une al grupo.)*

CHITA. Sí, sí. Vamos.

PEPÍN. ¿Cuántos coches hay?

QUIQUE. Los dos de casa y el de Henderson. *(Se pone a hablar aparte con la Princesa.)*

CHITA. Lo mejor será que salgamos juntos. Nos reuniremos dentro de un cuarto de hora en el atrio. ¿Hace?

HENDERSON. Hace.

(Henderson y Pepín salen por la derecha. Chita, el Conde y Ramal, por la izquierda. Quedan en escena la PRINCESA, QUIQUE *y* FEDERICO. *Este se acerca a la mesita del primer término izquierda, donde estaba con Quique; se sirve otra copa de coñac, y se la bebe mientras dura el aparte de la Princesa y Quique.)*

QUIQUE. Necesito que nos veamos esta noche.

PRINCESA. ¡Loco! Aquí te has enloquecido más aún y te has creído un sultán entre tus tres mujeres.

QUIQUE. ¿Mis tres mujeres?

PRINCESA. Las que ahora tiene cercadas el moderno Barba Azul: la preferida en los honores, es una; la fruta prohibida, que hizo temblar tu osadía y espoleó tu remordimiento, es otra.

QUIQUE. ¡Fay! ¡Tú sí que estás loca!

PRINCESA. Y la que siempre ha escapado a tus garras de tirano español, de la que nunca estás seguro, esa soy yo.

QUIQUE. Porque es verdad que nunca estoy seguro de ti, deseo estarlo. Esta noche...

PRINCESA. Esta noche, nada. Es posible que me quede en el *yatch* de lord Palmer después de la fiesta. Mañana salen para Inglaterra y, probablemente, yo con ellos.

QUIQUE. ¡Pero, Fay!

PRINCESA. Te casaste y me resigné; hasta me pareció natural. Pero el nuevo *flirt*, no te lo consiento.

QUIQUE. Piensa y haz lo que quieras.

PRINCESA. Eso me propongo. *(Hace mutis por la derecha.)*

(Quedan solos FEDERICO *y* QUIQUE.)

FEDERICO. ¡Ja, ja, ja! ¡Diablo qué de prisa marcha el mundo! ¡Y yo que te creí todavía fiel a tu mujer! No eran muchos meses para mi suposición.

QUIQUE. Yo quiero a María del Mar, Federico. No me arrepiento de haberla hecho duquesa de Carriedo: se presenta bien, habla idiomas, es muy buena... Pero aspira a mucho más de lo que yo puedo darle.

FEDERICO. ¿En qué sentido?

QUIQUE. Ella quisiera que fuese yo el que me adaptase, que cambiara mis costumbres, que me hiciese agricultor o burgués. Le molesta nuestro lujo, detesta a mis amigos.

FEDERICO. *(Intranquilo.)* ¿A mí también?

QUIQUE. Tú y Pepín sois excepciones. No tiene instinto social, y por nada ni por nadie acepta las mujeres que ella conceptúa de moral dudosa.

FEDERICO. Aunque se llamen princesa de Paoly. ¡Ya pareció el hilo!

QUIQUE. Fay está muy dolida, y yo tengo que reconocer que ella es el puntal de mis amistades en Inglaterra, donde mi personalidad no llegaba más allá de la Embajada de España. Y María del Mar le ha hecho desaires que me han disgustado mucho.

FEDERICO. ¿Y no crees que sea la propia María del Mar quien ha puesto nuevamente en tus brazos a la Princesa?

QUIQUE. Explícate.

FEDERICO. Esa... señora sólo desea vencer a la duquesa de Carriedo, más joven, más guapa y más severa que ella. ¡Ah, la severidad es un arma segura, y tu mujer ha hecho de ella un látigo, con el que ha herido en plena cara a la Prin-

cesa! Lo que no comprendo es por qué te preocupas. ¿No estás enamorado de María del Mar? ¿Qué puede representar en tu vida esa extranjera?

QUIQUE. María del Mar es lo más importante de mi vida; pero te confieso que no la llena. Quedan otras pasiones por satisfacer. La aventura de ahora...

EDERICO. ¡Je! ¿Cuál de las dos?

QUIQUE. ¿Pero te has vuelto loco tú también? ¿Me consideras tan malvado?

EDERICO. ¡Malvado..., malvado...! Te conozco demasiado para creerlo; te conozco y te quiero. Tú eres una buena persona, Quique..., ¡un pobre hombre!

QUIQUE. *(Asombrado él de verdad.)* ¡Caramba!

EDERICO. Y te dejo, que yo también tengo que arreglarme un poco. ¡Ja, ja, ja! ¡No te preocupes, chiquillo! Hasta ahora mismo, moderno Barba Azul. ¡Ja, ja, ja! *(Mutis por la izquierda.)* (QUIQUE, *al quedar solo en escena, se sirve una copa de coñac, se sienta, mira la hora en su reloj de pulsera. Después se bebe la copa de un trago. Por la derecha sale* MARÍA DEL MAR.)

QUIQUE. ¡Hola! ¿Estás preparada?

Í. DEL MAR. No. Yo me quedo en casa.

QUIQUE. ¡Ah! ¿Y con qué pretexto?

Í. DEL MAR. Sin ninguno.

QUIQUE. ¿Y puedo conocer el motivo por el que te dignas inferir un agravio a lord Palmer?

Í. DEL MAR. No tengo esa intención.

QUIQUE. ¿Y a la princesa Paoly, tu huésped?

Í. DEL MAR. Perdona; no es mi huésped. Si esta casa fuese mía, si yo en ella representase otra cosa que una figura más o menos decorativa, la princesa Paoly no la hubiera pisado nunca.

QUIQUE. Está bien; pero es necesario, y apelo a nuestra mutua cortesía, que alegues una razón para que no sea yo el que aparezca desairado.

Í. DEL MAR. Búscala tú si te interesa. Y no creas que te hago el honor de estar celosa de esa... señora ni de ninguna otra; pero sí te confesaré que, ante mí, me molestan y hasta me ofenden ciertas familiaridades, por la misma razón que a ti no te agradaría que yo las tuviese con tus amigos.

QUIQUE. Yo no te reprocharé nunca que te hagas agra-

dable a mis amigos. Un *flirt* te alarma con
si fuera un crimen, y eso es, sencillament
nada. En sociedad los hay a docenas. En
mundo que nosotros hemos de vivir hay qu
hacerse a todo.

M. DEL MAR. ¿A todo?

QUIQUE. A lo que, no afectándote a ti, pero sabiend
disculparlo, te dé fuerza social. Yo no busqu
al casarme, una señorita educada en el temo
de Dios y del vicio. Te escogí porque te cr
buena y porque me pareciste una mujer d
mundo, curada de muchos prejuicios y d
muchas tonterías. Sería una torpeza no te
ner la perspicacia de conocer y estudiar es
cosas, que fuera de España son una cortesí
Es una lección de mundanismo que te asus
tará, pero que no debes perder.

M. DEL MAR. ¿Y si yo me negase a ese aprendizaje, si l
prefiriera todo a esa complicidad social?

QUIQUE. Te aburrirías mucho, se te pondría la car
de los espectadores de las comedias inglesa
que no saben inglés.

M. DEL MAR, Fuera de ese mundo, ¿crees que no hay nad
interesante?

QUIQUE. Eso varía. Hay quien lo pasa bien en otr
ambiente. *Le monde où l'on s'ennuie* ha dis
minuído sus adeptos; pero subsiste; tío Alon
so te podrá enseñar algo de eso. Debe tene
también sus encantos.

M. DEL MAR. ¡Enrique...!

(Pausa. Quique se acerca al ventanal del foro.)

QUIQUE. ¡Qué hermosa noche! Esto del clima es u
tema inagotable. Los ingleses bien educado
no se cansan nunca de tratarlo.

M. DEL MAR. *(Suplicante.)* Enrique...

(Por la derecha salen JORGINA y GONZALO
Este, de americana.)

JORGINA. Todo arreglado, Quique.

QUIQUE. ¿Sí?

GONZALO. Dentro de quince días verás lidiar toros tu
yos en Sevilla.

QUIQUE. ¡Ole los hombres! Un abrazo, muchacho...

GONZALO. ¡Y ciento! *(Se abrazan.)*

QUIQUE. María del Mar, abrázalo tú también. Es e
hombre genial que yo necesitaba.

M. DEL MAR. Otras cosas mejores hay que reconocerle.

QUIQUE. Para mí esto vale más que la mejora de los cultivos y el aumento de unos duros en la renta, porque esto es el triunfo de mi vanidad.

M. DEL MAR. No le hagas demasiado caso, Gonzalo. Yo, como mujer, miro el lado práctico y me siento orgullosa de que, gracias a ti, prospere la verdadera hacienda, que, después de todo, llegaste a ella conmigo y eres como una cosa de nuestro pasado. La mejor aportación a este nuevo estado de riqueza que todavía no me quitó memoria.

GONZALO. No sé cómo contestar. ¡Tengo tanto que agradeceros!

QUIQUE. Si fuéramos a cuentas, más nos has dado tú. Y venga ese abrazo que la altiva duquesa no ha querido recibir. Ahora acompáñame a darles a todos la noticia. *(Saliendo con Gonzalo.)* ¿Dices que dentro de quince días?

GONZALO. Probablemente. Y precisamente quería consultarte... *(Se han ido hablando por la izquierda.)*

JORGINA. Qué, ¿por fin no te decides?

M. DEL MAR. No.

JORGINA. No es natural nada de lo que haces, hijita. Te pones en ridículo. Vas a cansar a tu marido. La gente dice que es una cosa estudiada.

M. DEL MAR. Pues no lo es. Desde el día que me casé, y eso te juro que no he querido confesármelo ni a mí misma, no he hecho más que violentarme

JORGINA. ¿Qué más podías pedir?

M. DEL MAR. Lo que tenía derecho a esperar. Yo sigo siendo la misma; tú, no, Jorgina. Te has olvidado de cosas que son de ayer. Nosotras éramos dos pobres muchachas, que soñábamos con un novio de los que teníamos alrededor: un empleado, un representante... ¿Te acuerdas de nuestros primeros coqueteos? Papá nos llevó con unos trajecitos cosidos por nosotras al baile del Círculo Malagueño. Al subir me dijiste: «Ahí está el de los lentes.» El de los lentes estaba empleado en la Aduana y a las dos nos parecía una proporción. Yo soñaba con un hombre de bien que no me arrancase de Málaga, que me dejase llevar una vida tranquila.

JORGINA. Señora duquesa, la vida te ha dado más.

M. DEL MAR. Me ha dado menos, porque, torciendo mi corazón y mi pudor, para no morirme de ham-

bre, fuí una bailarina. La más recatada, la más seria, pero una bailarina.

JORGINA. Debías olvidar eso.

M. DEL MAR. Sí que sería tonta. Eso lo tienen en la memoria todos los que me hablan y aparentan haberlo olvidado.

JORGINA. ¡Bah! Con esas preocupaciones sólo conseguirás hacer desgraciado a tu marido.

M. DEL MAR. Puede ser...

JORGINA. Pero ¿habéis tenido disgustos?

M. DEL MAR. Ni eso. El frío de nuestras relaciones no lo permite. Su educación me protege, y ya le veo resignado a sufrir una equivocación que él cree suya y yo sé que es de los dos.

JORGINA. Eso no tienes derecho a decirlo. Quique no ha cambiado; le has conocido como es hoy. Entonces ¿por qué te casaste con él y no con el de los lentes?

M. DEL MAR. ¡Por qué!... ¡Por qué!... ¿Y tú me lo preguntas? Porque al de los lentes no le quería, y a Enrique...

JORGINA. ¡Ah, vamos! Ahí te quería yo coger.

M. DEL MAR. ¡Pedirle razones al corazón! Le quiero, sí. Sé que es frívolo, ligero, que quiere imponerme su frialdad de carácter y hasta su moral, que no es la mía; pero le quiero..., ¡le quiero! Y contra eso no valen los razonamientos... Le quiero... ¡Tú no sabes cómo le quiero!... *(Por la izquierda sale* FEDERICO *muy decidido. Al ver a las dos hermanas, vuelve a hacer mutis, sin que ellas se den cuenta de su presencia.)*

JORGINA. Estás empachada de romanticismo, neurasténica...

M. DEL MAR. Eso me faltaba para completar mi reciente elegancia. ¡Cómo os envidio!

JORGINA. ¿A quiénes?

M. DEL MAR. A los que os divertís con tantas insulseces, soportando complacidos esta mentira de mi nueva vida, a los que os satisface lo que a mí me sobra. *(Cambiando de tono.)* Anda..., vete ya. No quiero que por mí les hagas esperar. Dame un beso. Que te diviertas mucho.

JORGINA. Gracias. Gonzalo tampoco quiere venir, ¿sabes? Es tan tonto como tú.

M. DEL MAR. Nos haremos compañía el uno al otro.

JORGINA. La tontería une muchas veces.

M. DEL MAR. La tontería... y todo. Adiós.

JORGINA. Adiós. *(Jorgina hace mutis por la derecha. In-*

mediatemante sale por la izquierda FEDERICO *que, sin duda, estaba esperando a que María del Mar estuviera sola.)*

FEDERICO. María del Mar...

M. DEL MAR. ¿Usted otra vez? Acechando el momento en que me quedara sola, ¿verdad?

FEDERICO. Buscando siempre la ocasión propicia de pedirle a usted que me perdone.

M. DEL MAR. ¡Ah! ¿Y para eso...?

FEDERICO. Unicamente. Ya he padecido sus repulsas, y desdichadamente por una mala interpretación.

M. DEL MAR. No le entiendo. Sólo supe por usted, y a través de no sé cuántas reticencias, que tenía usted la pretensión de suponerse con cierta intervención en mi destino...

FEDERICO. María del Mar, si usted me lo permite, voy a hablarla por última vez en mi vida, y valga lo que diga por una confesión. Nada pienso solicitar, nada espero; sólo me voy a referir al pasado. ¿Me permite usted...? *(Ella hace un gesto de indiferencia. Federico continúa.)* Yo soy pobre, María del Mar. Estoy educado entre los ricos y he convivido con ellos, pero nunca sentí envidia. Entre mis amigos fué Quique el predilecto. Su orgullo aparente tiene más de timidez que de exclusión, y fué más fácil a mi afecto, es mi mejor amigo, y para que yo le faltase en lo que los hombres más estiman, era preciso que una fuerza superior a todas mis resistencias me dominase.

M. DEL MAR. Cuidado. Eso no es el pasado ni tiene nada que ver con la deuda que yo tengo con usted, según se atrevió a decirme el otro día.

FEDERICO. Perdóneme usted. No supe hablar aquella noche ni conseguí otra cosa que su recelo. Fuí tan torpe, que cambié el concepto de lo que pretendía que usted supiera: un enigma que yo he leído en sus ojos durante el tiempo transcurrido desde su boda. El enunciado es una sencilla pregunta que usted tiene clavada en su cerebro y en su corazón. Para esa pregunta yo sólo en el mundo tengo la respuesta.

M. DEL MAR. *(Pretendiendo aparentar tranquilidad.)* ¿Ah, sí? ¿Y cuál es... mi pregunta?

FEDERICO. Esta: «¿Por qué se ha casado Quique conmigo?»

M. DEL MAR. ¡Ah! ¿Y la respuesta?

FEDERICO. *(Resistiéndose.)* No... ¡No, María del Mar!

M. DEL MAR. Hable usted. Es una vez en la vida, y además sé que estoy forzada a escucharle. Cuanto antes mejor.

FEDERICO. Usted lo quiere. *(Pausa.)* Quique obedece a un dictado imperativo: la opinión de los demás. Se enamoró de usted, la quiso. ¿Usted sabe cómo es la voluntad de estos seres mimados cuando no logran un capricho? Es más fuerte que todas las razones y que todos los obstáculos. Yo tomé en serio mi papel, que Quique me otorgó un día, cuando hice la presentación de usted ante un público escogido; sentí una emoción intensa, recordé a todos los Cyranos que en las sombras aman y me dije: «¿Por qué no ha de ser?» ¡Y fué!... Un día de vacilación yo deslicé en el oído del duque de Carriedo la posibilidad de esa boda; otro le alenté a una genialidad incomparable; otro le puse de manifiesto la originalidad del enlace con la bailarina famosa..., y entretanto usted era fuerte, inflexible. Entonces, como Quique *(Disculpándose.)*, por causas independientes de su voluntad, por... *dificultad* heredada de sus mayores, no supiese hilvanar las cartas suplicantes que debían herir el corazón de la difícil María del Mar, entonces... la pluma de otro Cyrano, que, como el gascón, lloraba de sinceridad, escribió palabras de amor que salían del alma. Quique celebraba mi prosa, y como elogio me decía: «Parecen escritas por mí.» Y aquellas cartas tuvieron tal fuego, que incendiaron el alma de usted y la de Quique. Aun tuvo él vacilaciones y temores; pero mi amor los vencía. Ahora, perdóneme usted; yo tenía el derecho a esta hora de sinceridad; ahora ya se puede usted responder a la pregunta inquietante. Ya sabe por qué y por quién se puede usted llamar duquesa de Carriedo.

M. DEL MAR. *(Conteniendo su emoción.)* Gracias... No es usted hombre que perdone los sufrimientos que pueda causar.

FEDERICO. Era preciso y usted lo ha querido. Pero ¡no me diga usted eso! Yo sería capaz de dar la vida por usted..., de todos los sacrificios...

M. DEL MAR. ¿De veras?

FEDERICO. *(Un poco desconcertado.)* Mi palabra de honor.

M. DEL MAR. Pues si es verdad que me quiere usted, que por mí está dispuesto a sacrificarse, voy a darle ocasión de demostrarlo.

FEDERICO. No deseo otra cosa.

M. DEL MAR. Márchese usted de Sevilla cuanto antes y procure que yo no vuelva a verle en mi vida.

FEDERICO. Eso, no. Estoy dispuesto a todo por lograr su amor; para lo que usted pide, no.

M. DEL MAR. Entonces, ahora salga usted.

FEDERICO. Es que aun no he terminado. María del Mar, aun ha de oírme usted.

M. DEL MAR. ¿A la fuerza?

FEDERICO. Como usted quiera.

M. DEL MAR. *(Viendo que alguien llega por la izquierda.)* ¡Calle, por Dios! *(Por la izquierda salen el* CONDE *y* GONZALO.)

CONDE. ¡Caramba, Federico! ¿Usted tampoco es de la partida?

FEDERICO. Sí, señor. Pero le hacía compañía a la duquesa. Me daba pena dejarla sola.

CONDE. Pues ya estamos aquí nosotros.

FEDERICO. Entonces... *(Besa la mano a María del Mar.)*

M. DEL MAR. Adiós.

FEDERICO. Hasta luego. Buenas noches, señores.

CONDE y GONZALO. Adiós, Federico.

(Mutis Federico por la derecha.)

M. DEL MAR. *(Al Conde.)* ¿Tú tampoco vas?

CONDE. Hijita, tengo un sueño...

M. DEL MAR. Pues a dormir pronto, tío Alonso.

CONDE. Eso pienso hacer. *(Se sienta y cabecea. Gonzalo también se ha sentado pensativo. María del Mar, de espaldas al público, mira por el balcón. Pausa larga.)*

M. DEL MAR. Ya se van...

GONZALO. ¿Ya?...

M. DEL MAR. Sí. *(Otra pausa, más larga que la anterior. Por fin María del Mar se separa del balcón, y poniéndole a Gonzalo una mano en el hombro le pregunta.)* ¿Qué piensas?

GONZALO. Lo mismo que tú.

M. DEL MAR. *(Estremecida.)* ¡Calla, por Dios! ¡No digas eso!

GONZALO. ¿Tan malos son tus pensamientos, hermana?... *(Le coge una mano.)*

M. DEL MAR. Deja...

CONDE. *(Despertando.)* ¡Eh! ¿Qué habláis ahí de pensamientos?

M. DEL MAR. *(Reaccionando.)* ¡Je! Estaba recordando, tío Alonso, algo de lo que leíamos tú y yo esta mañana en la biblioteca: el diario de aquel señor de Carriedo, compañero del Cid en el cerco de Zamora y fundador de nuestro linaje. ¡Ah!, perdona...

CONDE. No, hijita; has dicho bien. Ese «nuestro linaje» me parece mejor en tus labios que en en los de tu marido. Tú ya eres algo muy nuestro, y casi estoy por decirte que el título de Carriedo le va mejor a tu persona que a la suya. ¿Decías recordar?...

M. DEL MAR. Las virtudes que, según aquel antepasado vuestro, debe poseer un caballero. ¿Las recuerdas?

CONDE. No como seguramente las recordarás tú: en puro romance.

M. DEL MAR. No en puro romance, pero las recuerdo. Siete son: la primera, guardar lealtad al señor, aun a costa de la propia vida; la segunda, conocer y juzgar el derecho; la tercera, jamás decir mentira ni quebrantar la palabra empeñada; la cuarta, ser valiente en armas; la quinta, ser fiel amigo; la sexta, ser franco y pródigo; la séptima...

CONDE. Esa es la que más te ha impresionado, ¿verdad? La séptima, buscar siempre la compañía de los mejores.

M. DEL MAR. ¡Buscar siempre la compañía de los mejores!...

GONZALO. *(Interesado.)* Está bien.

M. DEL MAR. ¿Crees, tío Alonso, que esa es una realidad en los caballeros de hoy?

CONDE. ¿Y tú?...

M. DEL MAR. No sé.

CONDE. Pues yo..., pues yo tampoco lo sé. ¿Para qué te voy a llevar la contraria? *(Nueva pausa. El Conde se queda nuevamente medio dormido.)*

M. DEL MAR. *(Aparte.)* ¡Buscar siempre la compañía de los mejores!...

GONZALO. Se está usted durmiendo, don Alonso...

CONDE. ¿Eh? No, hijo; creo que me he dormido del todo. *(Levantándose.)* ¡Ea! Buenas noches.

M. DEL MAR. Hasta mañana, tío Alonso.

GONZALO. Hasta mañana. *(El Conde hace mutis por la izquierda.)*

M. DEL MAR. Buenas noches, Gonzalo.

GONZALO. **Yo... quisiera que me escucharas.**

M. DEL MAR. Ya. Se trata de Jorgina. ¿Te ha dado algún disgusto?

GONZALO. Tú sabes que Jorgina es otra. Mis ocupaciones, mis pensamientos le son extraños, le molestan, empequeñecen el nuevo ser que ella se ha creado. Alocada por estos caballeros y señoras, que se le antojan dioses, danza, ríe, bebe, fuma, y sólo tiene un gesto de tristeza cuando me ve o volvemos juntos a nuestro pabellón del cortijo.

M. DEL MAR. Sí, es una pajarita deslumbrada; ya le he dicho que exagera su adaptación; pero eso lo arreglaremos pronto y volverá la calma a tu espíritu, y ella a su razón y a tu cariño, que no perdió nunca.

GONZALO. Es que... hay más.

M. DEL MAR. ¡Ah!...

GONZALO. Hace un momento, entre mi correo, encontré un anónimo.

M. DEL MAR. *(Con ansiedad.)* ¿Y...?

GONZALO. ¡Parecía escrito por el demonio, que ennegrece mis ideas! Toda la vida de Jorgina, su transformación, estaba visto por otro espíritu que no era el mío. Mis temores... eran allí afirmaciones categóricas.

M. DEL MAR. Pero... ¿decía algo concreto?

GONZALO. ¿Te asusta?

M. DEL MAR. ¿Cómo no, tratándose de mi hermana? *(Pausa. Los dos se miran a los ojos con ansiedad.)*

M. DEL MAR. *(Con temor a la pregunta que formula.)* ¿Decía algo concreto?

GONZALO. *(Bajando los ojos.)* Lo prometía...

M. DEL MAR. ¡Ah! Eso no es más que una venganza ruin...

GONZALO. ¿Tú crees?

M. DEL MAR. Sí. *(Pausa.)* Pero óyeme, Gonzalo: nuestra vida no quiero que continúe así. ¡Yo te juro que todo variará! Y por ti, por ella, por lo que en mí es sufrimiento y amargura...

GONZALO. Tampoco tú eres feliz, María del Mar.

M. DEL MAR. Ninguna mujer tenía más motivos para suponer que lo sería. Ahora el amor de mi marido me parece un imposible; sus cortesías, un ultraje... Pero tu caso es otro; es remediable. ¡Yo lo remediaré!

GONZALO. *(Besándole las manos.)* Eres muy buena.

M. DEL MAR. ¿Por qué? Al defenderte a ti, me defiendo a mí misma. Y te juro que por defendernos a

los dos... me siento capaz de todo..., ¡de todo! Te lo juro.

GONZALO. Gracias. Ahora no sabría decirte más que eso! Hasta mañana, María del Mar.

M. DEL MAR. Adiós.

(Gonzalo hace mutis por la derecha. María del Mar va a la puerta por donde se ha ido Gonzalo y la cierra con llave por dentro. Cruza la escena y hace lo mismo con la de la izquierda. En este momento sale FEDERICO *por el balcón del foro.)*

FEDERICO. *(Viéndola cerrar.)* Buena idea. Así no nos molestará nadie.

M. DEL MAR. ¡Eh! ¿Usted?

FEDERICO. Hace una noche de amor, duquesa...

M. DEL MAR. ¡O de odio y venganza!

FEDERICO. Todo es lo mismo.

M. DEL MAR. ¿Y ha esperado usted a que me quedara sola para asaltar mi balcón como un bandido?

FEDERICO. Insúlteme, si le agrada. Tenemos tiempo hasta para eso. Nadie nos importunará en toda la noche. He venido únicamente a suplicar; pero antes necesito sepa usted que si yo quisiera el cortijo ardería esta noche, y la mano de Gonzalo querría matar si yo diese suelta a la fiera que llevo dentro y a la que usted viene dando latigazos.

M. DEL MAR. Gonzalo nada puede saber, porque nada existe. Todo es una maquinación de usted para inspirarnos celos a los dos. Y sólo usted es quien impulsa a Enrique para que intente una infamia, como otra vez le impulsó usted a casarse conmigo. Conozco bien su juego.

FEDERICO. Siempre dije que es usted una mujer muy inteligente. Todo eso es verdad; únicamente se equivoca usted al creerme peor de lo que soy...

(María del Mar no le escucha. Su oído está únicamente atento a un ruido, imperceptible para el público, que llega de fuera.)

FEDERICO. ¿Qué?...

M. DEL MAR. Un automóvil...

FEDERICO. No lo espere usted. Hasta que sea de día no vendrán. Tendrá usted que soportarme...

M. DEL MAR. ¡Oh, basta!

FEDERICO. Escúcheme usted, María del Mar. Antes, cuando estábamos aquí y entraron el Conde y Gonzalo, le acababa de decir a usted que no había terminado nuestra charla. Por eso he

vuelto. *(Alguien forcejea por abrir la puerta de la derecha. María del Mar y Federico se quedan paralizados.)*

QUIQUE. *(Dentro.)* María del Mar... Abre, María del Mar.

M. DEL MAR. Voy. *(Federico inicia el mutis por el balcón. María del Mar, en voz alta, mientras abre la puerta.)* ¿Adónde va usted, Federico? Es su mejor amigo quien llega. *(Sale* QUIQUE.)

FEDERICO. Hola.

QUIQUE. Hola.

FEDERICO. ¿Tú aquí?

QUIQUE. Ya me ves. ¿Por dónde intentabas salir?

FEDERICO. ¿Por dónde? ¡Qué gracioso! Por la puerta.

QUIQUE. Pues abierta la tienes.

FEDERICO. ¡Je! Os olvidasteis de mí al marcharos. Y como no había otro coche, pues...

QUIQUE. Si quieres ahora puedes llevarte el mío. Yo no he de salir más.

FEDERICO. ¡Ah! ¿No?

QUIQUE. No.

QUIQUE. Adiós, Federico.

FEDERICO. *(Ya serio y resuelto.)* Adiós, Quique. *(Federico hace mutis por la derecha. Pausa embarazosa. María del Mar, muy tranquila, se acerca al balcón del foro. Quique la interroga con la mirada.)*

M. DEL MAR. Qué noche tan hermosa, ¿verdad? Esto del clima es un imprescindible recurso para los ingleses bien educados.

QUIQUE. ¡María del Mar!

M. DEL MAR. Yo no soy inglesa; pero por bien educada sí me tengo. Digo yo. Cuando tú, que eres tan distinguido, te has dignado darme tu nombre...

QUIQUE. Te suplico que no sigas en ese tono.

M. DEL MAR. ¿Te molesta? Cambiaremos de conversación. Realmente, el tema del tiempo está ya bastante agotado. ¿Puedo saber a qué debo el honor de esta inesperada visita tuya?

QUIQUE. ¿Sabes a quién?

M. DEL MAR. Te pregunté a qué; pero por lo visto es a una persona. Veamos.

QUIQUE. La Princesa...

M. DEL MAR. ¿La Princesa? Esto sí que es inesperado. Por su causa vamos a pasar tú y yo una velada juntos. Y solía ser lo contrario. Mañana le daré las gracias.

QUIQUE. No la verás, porque se va mañana a Inglaterra.

M. DEL MAR. ¡Ah!, ¿sí?

QUIQUE. Creo que sí.

M. DEL MAR. Por lo visto se ha despedido de mí a la inglesa.

QUIQUE. ¿A la inglesa?

M. DEL MAR. Sí. La última vez que me dirigió la palabra fué para hablarme también del tiempo. Educación británica. ¿Y qué te ha dicho para mo verte a volver a tu casa?

QUIQUE. Al notar la ausencia de Federico, algo de pésimo gusto y en un tono de chanza que...

M. DEL MAR. Que te hizo volver inmediatamente en el mismo *auto*. ¿No te ha parecido un gesto... poco elegante?

QUIQUE. ¡María del Mar!...

M. DEL MAR. En fin, que has venido para ver si era verdad que tu mujer te hacía traición con tu mejor amigo, ¿no es eso?

QUIQUE. ¡No, María del Mar!

M. DEL MAR. No te esfuerces, lo veo. No has dudado de mí, y esta vez no ha sido por distinción, te hago esa justicia; pero tampoco por fe en mi virtud, sino por orgullo.

QUIQUE. No...

M. DEL MAR. Sí, Enrique, sí. Y cuando tú y los que te acompañaban estabais alegres, mientras ibais a emborracharos en el *cabaret* flotante de lord Palmer, los espíritus honrados sufrían aquí los tormentos más crueles: el abandono, los celos, el miedo a la deshonra...

QUIQUE. ¿Qué quieres decirme?

M. DEL MAR. ¡Todo te lo quiero decir! Y ya es tiempo de que te confirme tus sospechas y te diga claramente lo que antes de ahora te he dado a entender: ese hombre que has encontrado conmigo preparaba esta noche un asalto a todos mis prestigios. Desde que llegó, hace cuatro días, me asedia, no me deja vivir. Lo saben todos, y debías saberlo tú, cuando me dijiste que un *flirt* me alarma como si fuera un crimen. ¡Este era el *flirt!*

QUIQUE. ¡Este era! El que, a pesar de mis palabras de antes y de mis aparentes convicciones, me ha hecho volver, loco de celos, para provocar una escena..., una escena tal vez ridícula.

M. DEL MAR. ¿Por qué? Ridícula por tratarse de mí o de

ti, tan elegante. Un chiquillo mal educado, a pesar de toda tu Inglaterra, eso es lo que tú eres. *(Llorando casi.)* Y un ligero y un inconsciente, que no te das cuenta de lo que pareces... y de lo que a mí me haces sufrir. ¡Dios mío! Si te dieras cuenta, entonces sí serías malo. Por lo visto, vivir en las Batuecas es también muy inglés... *(Con gracioso mohín de rabia.)* Pero yo soy española, ¿sabes? Española, como tu tío Alonso, aunque sea cursi. Y no me resigno a que nuestro matrimonio no sea a la antigua española... Y si Dios nos da hijos, que se lo pido con toda mi alma, les educaré, a pesar tuyo, en el amor de esta España, que es obra de tus antepasados y que tú no aprecias como debías; aprenderán a venerar y a respetar tu raza, las glorias de la casa de Carriedo. Y cuando tengan más de veinte años, si al preguntarles qué es lo mejor del mundo contestan: «¡España!, y de España, ¡mi linaje!», entonces te dejaré que los envíes a Londres para que aprendan a jugar al polo.

QUIQUE. *(Emocionado.)* No sé qué decirte, María del Mar. Oyéndote comprendo que tienes razón en todo, que eres más digna que yo de llevar mis títulos..., y que yo..., alguien me lo dijo antes..., yo soy un pobre hombre...

M. DEL MAR. ¡Ojalá!... ¿Lloras? ¿Ahora lloras? ¿Por arrepentimiento o por terror? Lo mismo da. Llorando me pareces más digno y más hombre.

QUIQUE. No tengo voluntad, María del Mar. Soy un pobre juguete de mis pasiones y del ambiente en que vivo. ¡Sálvame tú! Solo, sería incapaz de enmienda; pero contigo, no. A tu lado soy capaz hasta de sentirme fuerte y bueno. Pero si algún día ves vacilar mi ánimo, no me abandones. Asísteme con tu cariño, que es lo mejor de mi vida..., ¡y perdóname siempre!

M. DEL MAR. Siempre será tiempo para vosotros, para los que os hicisteis dueños de lo que no cambia. A nosotras, pobres mujeres, cuando se nos obscurece la vida, no nos queda más ilusión que una: esperar, esperaros...

TELON

FIN DE LA OBRA

Madrid, enero. Sevilla, mayo, 1920.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LECTURA

ALBORADAS. — Cuentos.

TEATRO

EL MAS FELIZ. — Comedia en un acto.
LO QUE HA DE SER. — Comedia dramática, en tres actos.
POR EL AMOR DE DIOS. — Comedia dramática, en tres actos.
EDUARDO Y SU VECINA. — Paso de comedia.
EL EMIGRANTE. — Libreto de zarzuela de costumbres regionales, en dos actos. (Música del maestro J. María Franco.)
LA PIMPINELA ESCARLATA. — Adaptación de una novela inglesa, en cuatro actos.
EL DILEMA. — Comedia dramática, en tres actos.
EL DINERO DEL DUQUE. — Comedia, en tres actos.
LAS CANAS DE DON JUAN. — Idem, íd. íd.
1830. — Opera cómica, en un acto. (Música del maestro J. María Franco.)
LA CONDESA MARIA. — Comedia, en tres actos.
EL HUESPED DEL SEVILLANO. — Zarzuela, en dos actos y tres cuadros. (Música del maestro Guerrero.)
DIVINO TESORO. — Comedia, en tres actos.
MARIA DEL MAR. — Adaptación, en tres actos, de una novela de Miguel de la Cuesta.

L A F A R S A

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA S. A.—Sección de Publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Verneuil, traducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Vives.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del maestro Rosillo.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptación escénica de una novela de Miguel de la Cuesta.

I QUIERE LEER A LOS MEJORES AUTORES

COMPRE TODOS LOS JUEVES

LA NOVELA MUNDIAL

Esmerada presentación. La más económica.

Ilustrada por los mejores dibujantes españoles.

Colaboran en ella, entre otros, los maestros de la novela contemporánea española, Pío Baroja, Alberto Insúa, Ramón del Valle-Inclán, Pedro Mata, Ramón Pérez de Ayala, Manuel Bueno, Rafael López de Haro, Antonio Zozaya, Francisco Camba, Cristóbal de Castro y Emilio Carrère, y los nuevos novelistas Jesús R. Coloma, Valentín de Pedro, Juan José Lorente, Alberto Marín Alcalde y José Llampayas.

30 CENTIMOS EJEMPLAR

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Madrid:	semestre,	7,50	pesetas;	año,	14 pesetas
Provincias:	semestre,	8,00	—	año,	15 —
Extranjero:	semestre,	13,00	—	año,	24 —

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

RIVADENEYRA S. A.-Sección de Publicaciones

Paseo de San Vicente, 20.-MADRID

Rivadeneyra (S. A.). Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.